

**Audiolibro A N Es De D A Miguel**  
**Delibes Cap Tulos 1 2 3 4 5**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Theodore Flores** (*West Bloomfield Township*) - - - - Aún es de día. Miguel Delibes. Colección: Palabras Mayores. Miguel Delibes, 1949 de esta edición, 2010 A mi amigo Fernando Olmedo ¿Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza?» KEMPIS. ADVERTENCIA DEL AUTOR Yo no era partidario de publicar ahora mi novela fallida Aún es de día, pero acabé aceptando el argumento de los editores: «Sin esta novela la Obra nunca estará completa». Verdad inobjetable. El libro nació al año siguiente de obtener el Nadal y, en origen, ya era malo pero la censura lo hizo peor. El corte referente a la Germana redujo los temores y sufrimientos de Sebastián ante su relación con Aurora, fundamental para la comprensión de la obra. Durante sesenta años acusé, sin mala fe, a la censura de haber eliminado del libro un aborto cuando lo eliminado no era tal sino un infanticidio, narrado con una insoportable minuciosidad tremendista. De modo que a mi libro, tan defectuoso de nacimiento, había que unir ahora algunos cortes de la censura (la mayor parte simples, incluso perjudiciales, algunos fundamentales) que empañarían su limpia ejecutoria. ¿Falló también la censura en este caso? ¿No fue por mi parte ese episodio una provocación? En aquellos años (mediados del siglo XX) los novelistas solíamos «poner carnaza» en los escritos para atraer a los censores y que dejasen a salvo lo que considerábamos importante. En este punto no conseguí nada por la explosión de tremendismo, mal gusto y brutalidad que introduje en el texto. En todo caso, en sesenta años no lo he reconocido y lo hago ahora, en que me consta que estaba equivocado, no sólo para poner a los censores en su sitio sino para que mis lectores puedan leer la novela tal como nació y como quedó después, tras los cortes de la censura y un leve maquillamiento (cuatro expresiones excesivas y media docena de adjetivos impropios) posterior. Mi obsesión, absurda, por no quedarme en novelista de una sola novela me llevó a editarla con todas las consecuencias (todas ellas negativas). En fin, para no hablar más de este asunto desagradable, debo reconocer que un error fue escribir el libro y otro, aún más grave, publicarlo, con cortes o sin ellos. En lo literario no había gran diferencia. Miguel Delibes. Mayo de 2007 AVISO DE LOS EDITORES Se dan entre corchetes y en cursiva los pasajes del texto suprimidos en su día por la censura y ahora restituidos. Capítulo Primero. Sebastián se despertó sin sobresaltos. Por las rendijas del balcón penetraban unos pálidos haces de luz que permitían descubrir las sombras de los muebles. Se oía el correr destartalado de un carruaje por la calle y el golpeteo de los cascos de la caballería que lo arrastraba. De la calle ascendían, también, los rumores y gritos desmesurados de un grupo de escolares. Sebastián sacó sus cortos brazos del embozo y se estiró por dos veces. Hacía frío. Notó el frío mordiciéndole las pequeñas y deformadas manos y volvió a esconderlas bajo las mantas. Era éste, para Sebastián, el único momento feliz del día. Veinte años llevaba pensando, cada mañana, al despertar, que aquel día podría traerle un cambio radical en su existencia. Jamás se le ocurrió presentir en qué consistiría este cambio. Se conformaba con anhelarlo, en la esperanza vaga de que fuese algo renovador, algo que le apartase de la triste monotonía de su vida regular y gris. La punta de la nariz se le enfriaba y al exhalar fuerte una bocanada de aire advirtió que se congelaba en la atmósfera formando una tenue nubecilla blanca. El frío había venido con prisas este año. No hubo lluvias otoñales y quizá por ello llegó el frío a la ciudad con una considerable anticipación. Era la época de los sucedáneos y Sebastián pensó que, a fin de cuentas, el frío constituía un buen sustitutivo de la humedad. Paulatinamente Sebastián fue despabilándose del todo. Recordó entonces el sobre azul que dejara al acostarse sobre la desvencijada mesilla de noche y sonrió. «Ya decía yo que hoy tenía un motivo para estar contento», se dijo. Y, alargando la mano, recogió el sobre y tornó a introducirla debajo de las mantas. Acariciaba el papel con una delectación singular, como si dentro se ocultase aquel maravilloso e inconcreto cambio que esperaba en su existencia. ¿Y por qué no iba a ser así? El señor Suárez le decía que pasase hoy por su despacho, que necesitaba hablarle. En realidad, el señor Suárez no tenía que decirle más que «sí» o «no»; pero, por lo visto, prefería decirle el «sí» o el «no» de palabra y cara a cara. Esta idea deprimió a Sebastián. «Cuando me vea

dirá "no", aunque antes haya pensado que "sí", imaginó descorazonado. Y acarició nuevamente el sobrecito azul como si así, extremando las caricias, aumentasen sus probabilidades de éxito. «Bueno, lo que sea sonará», se animó; y dando una patada a la ropa se tiró de la cama. Gimieron los muelles del camastro de hierro al liberarlos del peso del cuerpo. Sebastián tiritó de frío, dio un puntapié al orinal y lo ocultó debajo de la cama. Atravesó luego el aposento, corriendo de puntillas, abrió las contraventanas y regresó de una carrera a la alcoba. La impaciencia natural y el hondo frío que se le clavaba en los huesos no le aconsejaron lavarse con detenimiento. Por eso se vistió y seguidamente tomó el jarro desportillado que había junto al lavabo y fue a llenarlo al grifo del fregadero. Al atravesar el pasillo vio, desde la puerta, a la pequeña Orenca levantando su cuarto, aireando las ropas del lecho. Sebastián se detuvo y la contempló un rato, inmóvil y en silencio. Muchas veces se había confesado Sebastián que sufría más por su hermana que por él; que aquella criatura desgarrada, pálida, de mirada huera, le oprimía el corazón, le desazonaba, más que sus propios contratiempos. Parecía un ser insensible, indiferente a las personas y las cosas; cruzaba la vida con una frialdad glacial, impropia de sus pocos años. Sebastián recelaba la razón de todo esto y le corroía, mas no se atrevía a contrarrestarla de una manera abierta y eficaz. Miraba ahora a la niña en su ir y venir por la pequeña habitación, sin acusar el frío que se adentraba por la ventana abierta. La niña pasaba el escobón por el suelo, torpemente, produciendo la impresión de que era el escobón el que la dominaba a ella y no ella al escobón. Estaba alta para sus trece años, pero su aspecto armonizaba plenamente con su edad. De repente la niña levantó la cabeza y vio a su hermano en el umbral con el desportillado jarrón en la mano, redondeando su facha grotesca. Apoyó el escobón en la cama, se aproximó a él y le besó en la mejilla. —Buenos días, Sebastián. —Hola. ¿Qué tal has dormido? (A Sebastián le hacía daño la grande, patética mirada de sus ojos negros.) —Muy bien. —¿No tuviste miedo? —Anoche, no. Sebastián reparó en la bata de manga corta que vestía su hermana. —Ponte una chaqueta; hoy hace muy mal tiempo y te puedes constipar. —No tengo frío, ¿sabes? Le acarició la mejilla y continuó pasillo adelante hasta la cocina. Puso el jarro bajo el grifo. El gorgoteo del agua le intensificó la sensación de frío y se frotó una mano contra la otra con aspereza. Aquella casa, desamparada y sucia, no contribuía en nada a atenuar esta sensación. Fuera del cuarto de Orenca, aquello parecía una pocilga; periódicos rotos, cucarachas muertas, mondas de naranja y de cacahuets se amontonaban en la cocina, entremezclados con las bolas de porquería de ratón. En un rincón, tres botellas tumbadas, polvorientas y vacías, completaban la deplorable impresión de desaseo. Sebastián pensó en el señor Suárez para animarse. Todo podía cambiar aquella mañana. Sí, podía cambiar. (Y se le nubló la vista sólo de pensar que su vida podría tomar en adelante otro rumbo.) Regresó a su cuarto, se mojó un poco los ojos y se peinó. Al concluir oyó el grito destemplado de su madre desde el cuarto vecino: — ¡Orenca! ¡Orenca! Y como la niña se descuidase en acudir, la madre comenzó a rezongar. Al cabo de un rato se presentó la pequeña: — ¿Qué quieres, madre? — ¿Has prendido la lumbre? —No. — ¿En qué estás pensando, pasmarote? Orenca no se inmutaba: —Aún es pronto para Sebastián; hoy no va a bajar a la tienda. Sebastián notó unas palpaciones dolorosas en el corazón. Presumía que él sería el objetivo del nuevo ataque. Y le mortificaba aquel entenderse a gritos con un tabique por medio. Pero se equivocó. — ¡Corre y pon una astilla!, ¿oyes? Y luego baja un momento a por el pan. Ya había comenzado la dura jornada. Orenca no pararía hasta el anochecer, en que, cansada y aburrida, iría a tenderse en su catre, a refugiarse en él su lánguido decaimiento. Su madre ya estaba ante él. A Sebastián le contristaba aquel manojito de carne apretada, sucia y maloliente, envuelta en una cazadora militar que ignoraba por qué ocultos medios apareciera en su casa. Él hubiera deseado para su madre lo mejor, pero no podía evitar un sentimiento de repulsión y asco ante su cochambroso abandono. Por otra parte, la madre no velaba su desprecio hacia él, su arrepentimiento de haberlo engendrado. A menudo se complacía en recalcarle que era a su padre a quien debía todas sus taras físicas. «Tu padre, tu padre (y hablaba de su padre con un odio acendrado y sutil, como si fuera su mayor enemigo) era como tú, igual que tú, un horrible hombre deformado.» A Sebastián se le hacía un vacío angustioso en el cuerpo y no respondía. Temía, más que nada, aquella lengua de su madre que le zahería sin compasión, embistiendo siempre a los puntos más vulnerables y sensibles. Ahora se erguía frente a él, embutida en aquella horrible cazadora llena de lámparas, con los brazos cruzados, asomando por debajo los mugrosos pingajos de una eterna combinación negra. — ¿De manera que estás decidido a salirte con la tuya, cabezota? — ¿Y qué mal hay en ello, madre? La mujer enrojeció y sus pupilas adormiladas y cruzadas de venitas sanguinolentas parecieron adelantarse hacia él. — Mal, mal. ¿Te parece poco mal que pierdas tu colocación en casa del señor Sixto? —No la perderé. Dio una palmada de irritación: —Ya lo sabes tú; ¿es que crees que va a gustarle saber que andas buscando otro empleo sin contar con él? —Le he pedido permiso para esta mañana. — ¿Y le has dicho para qué? Sebastián adoptaba una actitud sumisa aunque inflexible: —No se lo he dicho, pero se lo figura. Él ya sabe que no me gustan los ultramarinos. Se acercó Aurelia a una silla de paja, se sentó y ocultó sus manos achorizadas debajo de los sobacos. —Eres muy finolis, Sebastián. ¿Qué hay de malo en ser dependiente de ultramarinos? ¿Y en estos tiempos? —Yo no soy

dependiente, madre. ¿O es que lo es uno que va repartiendo de la mañana a la noche raciones de casa en casa? — ¿Y las propinas? — No quiero vivir de propinas. Quiero una colocación más seria. Aurelia no se alteró; hizo discurrir una leve corriente de aire a través de los intersticios de sus dientes, como era su costumbre, para purificarlos de los residuos de la última comida, y acercándose al muchacho dijo: — No sé si te he insistido bien alguna vez en tu mala estampa, Sebastián. El señor Suárez te despachará de un puntapié en cuanto te ponga la vista encima. Tú no vales para estarte detrás de un mostrador en un comercio elegante. Eres muy poca cosa, Sebastián; muy poca cosa — recalcó—. Tienes muy mal porte, ¿comprendes? Y desengañate, para esos menesteres se necesitan hombres un poquitín más decorativos... Sebastián miraba sin decir nada las piernas blancas, deformadas por las varices, de su madre. Le dolían sus frases, se le clavaban como dardos, muy adentro, en un lugar ilocalizable. Respiraba entrecortadamente. Aún no se había acostumbrado a la insolencia de Aurelia, machacándole sobre su insuficiencia física. Tragó saliva y añadió: — Lo intentaré; al menos lo intentaré. No creo que pierda nada con ello. Se oyó crujir la cerradura de la puerta y seguidamente los pasos breves pero firmes de Orenca por el pasillo. Al corto rato se presentó con un tazón de leche humeante y un gran bollo de pan. Lo dejó en la mesa y luego se quedó quieta mirando a su madre y a Sebastián alternativamente. Éste comenzó a engullir. Aurelia había vuelto a sentarse y se soplaba con fruición las manos amoratadas. — Siéntate; come sentado. Así no te puede aprovechar, Sebastián. — Es lo mismo. — Eso, cómete ahora tu ración de pan y luego a la noche tendrás que comerte las uñas. Le desazonaba a Sebastián esta inmediata fiscalización de su madre, esta constante vigilancia para aquilatar sus defectos y cada uno de sus descuidos. Aurelia miró a la niña, que permanecía inmóvil, con los ojazos enormes enfocados hacia su hermano. — Vamos, ¿qué haces ahí, pasmada? Vete a acabar tu cuarto. Salió la niña. En la habitación, en silencio, resonaban las mandíbulas de Sebastián triturando el panecillo. «A la noche tendrás que comerte las uñas.» Sebastián se mordía las uñas, pero no se las comía. Eso le constaba a su madre. No obstante, la cuestión era no perder ripio y echarle en cara todos los defectos. Aurelia, con crispante cominería, seguía pendiente de él. Sebastián no pudo resistir más: — Hasta luego, madre — dijo con la boca llena. Aún oyó pronunciar con ironía el nombre del señor Suárez y algo alusivo a él y a la risa, mientras se ponía el abrigo. Sebastián descendió las estrechas y polvorientas escaleras que lo separaban del portal. Al llegar a la última se miró la mano llena de mugre y comprendió que en esto tenía razón su madre: él parecía estar contratado por la dueña de la casa para quitar diariamente el polvo a la barandilla. No podía evitarlo. Veinte años, día a día, haciendo lo mismo constituían una respetable tradición. Sebastián miró al pequeño monstruo que remataba el pasamano y le sonrió. (Era un bichejo repugnante con cara de león, orejas de gato y pechos muy cónicos de mujer.) Era el mejor amigo de Sebastián. Le dio un golpecito y murmuró: — Deséame suerte. El idolillo permaneció inmutable con un gesto estúpido torciéndole la boca. Silbó Sebastián mientras cruzaba el angosto y alargado portal. Todo él se hallaba decorado de carteles obscenos y confesiones de amor o de deseo, con nauseabundas ilustraciones gráficas, a Pepita, la vecina, muy descocada, del piso de arriba. Al llegar a la puerta, Sebastián se alzó el cuello del abrigo. Entraba en el mundo y la sociedad le cohibía. Sebastián se encontraba a gusto cuando estaba solo. La compañía le estrangulaba y le ponía los pelos de punta. Además, hoy tendría que pasar deprisa ante la tienda del señor Sixto, situada frente por frente de su casa. A Sebastián no sólo le disgustaban los ultramarinos; le disgustaba también el señor Sixto, aunque esto no se lo confesase a su madre; aquel hombre tremendo, coloradote, que hedía profundamente a patata y a pimentón. Le repugnaba su inmoralidad, aquella su manera de entender el negocio, estrujando el hambre del prójimo. Le revolvía su muletilla de que veinticinco gramos escatimados en cada ración a nadie mataban y a él le hacían mucho bien. Con esto y el enigmático sótano, atestado de mercancías intervenidas, el señor Sixto había amasado sus buenas pesetillas. Edificó la casita de encima de la tienda con los beneficios de los tres años de guerra, y ahora, tras la escasez y el desequilibrio económico ocasionados por la conflagración mundial, posiblemente estaría en condiciones de construir un rascacielos. Sebastián cruzó rápido ante su puerta y, rebasado este obstáculo, respiró sin trabas el frío seco de la meseta. Una neblina muy vaga se agarraba a las calles y a las casas. A Sebastián le agradaba esta bruma que diluía los perfiles y los contornos de las cosas. Daría algo por que el señor Suárez tuviera que enfrentarse con él a través de una capa de niebla, adivinándole más que viéndole. Estimuló a Sebastián el rumor mañanero del barrio. Era de suyo el barrio más alegre y jaranero de la pequeña ciudad. Allí todos reían o voceaban a toda hora, sin abismarse en las preocupaciones que parecían exclusivas de otros lugares y otros seres. Cantaban las dueñas de casa al sacar los colchones a airear o mientras sacudían, sin miramientos, las esteras desde los balcones. Sebastián miró hacia el cielo y vio confirmada su creencia de que los aleros de los tejados terminarían por juntarse. La calle se estrechaba por arriba y resultaba innegable que el pasillo de cielo que se descubría al levantar la cabeza era más angosto y estilizado cada día. En realidad, esta calle, larguísima y estrecha, constituía el barrio entero; un barrio de horteras, artesanos y pequeños comerciantes. A veces, a Sebastián le hería la alegría un poco insensata de su barrio. Se decía que aquel jolgorio era puro artificio para

envolver las penas y las miserias, para eclipsarse la conciencia de una vitalidad efímera. Pero no era cierto; el barrio tenía una alegría natural, fluida y espontánea, y, tal vez, el dolor que producía este optimismo en el pecho de Sebastián estribaba en la comprensible incompatibilidad del alma del barrio con su propia alma. La larga calle se remataba, en los extremos, por dos plazuelas con un mercado cada una. Yendo hacia el centro, se topaba con el mejor mercado de la ciudad. Una vez en él podía determinarse la estación del año y la hora del día con sólo dejarse guiar por el olfato. En las madrugadas de otoño e invierno se percibía un jugoso aroma de frutas frescas, recién cortadas. Un húmedo vaho de savia vegetal impregnaba la Plaza del Mercado. Al mediodía, las fruterías y verdulerías se habían retirado y el suelo aparecía cubierto de mondas de todas clases, de los paquetes de paja de los envases y de un sinfín de frutos podridos y aplastados. Oía, entonces, a jugo vegetal pisoteado, a un olor especial entre agradable y desagradable. En el verano predominaba un tufó especial a pescado putrefacto, a carne atrasada o en malas condiciones. Así, en estío, a toda hora, y este hedor intensificábase y se hacía irresistible cuando el sol arreciaba hacia el mediodía. Muchas veces se había dicho Sebastián que, colocado en el centro de la ciudad con los ojos vendados y las manos amarradas, hubiese acertado con su casa sin un titubeo, orientándose sólo por el olor. Los hedores del mercado se venteaban desde muy lejos. Ya en él, Sebastián se hubiese guiado por el penetrante olor a amoníaco del urinario público que se abría en la plaza, justo en la confluencia con su calle. Una vez allí, el viaje no tenía pérdida: la cantina de Ernesto con su característico aroma a vino de Rueda, la droguería de Pérez, la frutería de don Santiago Cerrato... Ahora pasaba ante ella Sebastián, y el señor Santiago le decía adiós, encerrado entre sus cajones llenos de naranjas, de manzanas, de castañas, de las estalactitas de los plátanos verdes, sin madurar aún. Se entendía, con su simpatía proverbial, con un enjambre de compradoras de mantoncillo que reían sus ocurrencias o le daban golpes en la espalda con la mayor confianza. Al extremo opuesto de la calle se hallaba la iglesia, un edificio románico, pardo y pesado, sin nada que admirar fuera de su apariencia de fortaleza. Pero, en realidad, allí estaba la cabeza del barrio. La iglesia era, en última instancia, el lugar por donde todos los vecinos pasaban, siquiera un par de veces en sus vidas. Alrededor de ella estaban la confitería y un cine apañadito, pintado de tonos chillones. Sebastián avanzaba poco a poco, runiando la entraña de su barrio. Aquel barrio significaba, ahora lo advertía, como un pueblo autónomo incrustado en el corazón de la ciudad. Allí todos se conocían, para ser amigos o enemigos, pero lo que no se autorizaba era ignorarse. «Si es caso —pensaba Sebastián—, yo soy la excepción; a mí, por mis condiciones, se me ha forzado al aislamiento.» Los chicos del barrio no salían de él para buscar sus novias. Era muy raro hallar uno que rompiera la tradición. Y, además, se casaban más jóvenes que en ninguna otra parte, como si allí el problema económico estuviese resuelto de antemano. Algunos se casaban al tiempo que bautizaban a su primer hijo, pero esto no indicaba relajamiento, sino un poco de ingenuidad. No había apenas gente mala o torcida en el barrio; todo lo más que existía era un poco de despreocupación, una despreocupación y una ligereza que, a veces, empujaba a los vecinos a cometer censurables faltas. A Sebastián lo que más le mortificaba de todo era el optimismo de grupo que lo inundaba; un optimismo que, se le antojaba a él, se nutría un poco a su costa. Porque Sebastián, sin tener ningún amigo, constituía un personajito allí. Le designaban por frases commiserativas como: «ese muchachito cargado de espaldas» o «el pequeñín ese», todo lo cual le hundía en un lamentable tósigo. Sebastián abocaba ya a la Plaza del Mercado. A la izquierda se levantaba el muro ciego de un convento de capuchinos (un paredón desconchado y gris que significaba una frontera de Dios en la Tierra). Atravesó el mercado aturdido por la variada policromía de los frutos maduros y los gritos estridentes de las vendedoras. A medida que se aproximaba a los Almacenes Suárez se hacían más sensibles las palpitaciones de su corazón. Recorrió otras dos calles y fue a parar a la arteria principal de la ciudad, por donde, en invierno y verano, se apretujaba la gente paseando. Ya se divisaban los Almacenes, y Sebastián presintió que le faltaría valor para introducirse allí, en aquel magnífico edificio moderno, donde ocho grandes lunas brillaban immaculadas. Sin embargo, se acercó cruzando la calzada. Los escaparates produjeron en él un efecto prodigioso. Nunca se había dado cuenta del lujo que se encerraba allí, de lo remunerador que resultaría «limpiar» una noche aquella fascinadora vitrina. «Y yo, yo, puedo salir por esa puerta, dentro de cinco minutos, como un empleado de la casa», se dijo, turbándose. Aquello era demasiado para ser verdad. Se arrimó a la puerta y, luego, se separó, recorriendo lentamente, mirando los escaparates, toda la fachada del establecimiento. La tienda, vacía, le asustaba un poco. Siempre prefería el tumulto que todo lo tapaba y diluía. Presentarse en un lugar donde nadie acaparara previamente la atención le imbuía de un fastidioso recelo. «Esperaré a que entre algún cliente y a que la dependencia esté entretenida con él», pensó. Y así lo hizo; comenzó a pasear de arriba abajo y de abajo arriba hasta que divisó a un hombre, con una gran cartera de piel bajo el brazo, que se zambullía en el establecimiento. «Ésta es mi vez», se dijo, y, decidido, entró tras él. Sebastián estuvo a pique de sufrir un desvanecimiento. La tienda era amplísima y estaba muy limpia, caliente e iluminada. Los largos mostradores corrían paralelos, enormes y encerados, a lo largo del local. Tras ellos varios hombres charlaban en voz baja y volvieron la cara hacia él al oír el ruido de la

puerta. A mano derecha de la entrada había un pequeño mostrador, aislado del resto, y, encerrada en él, una mujer rubia de una extraordinaria belleza. Todo evidenciaba un lujo y un orden a los que Sebastián no estaba habituado. Las piezas de tela de distintas clases y colores reposaban en los estantes, que se alzaban hasta una altura inconcebible. Del techo pendían unas grandes y relucientes arañas con colgantes de cristal. Al fondo se veían varias puertas, que, en este instante, permanecían cerradas. Sebastián se aturdió. Del hombre que le precediera y que él, neciamente, tomara por un viajante no se veía rastro, de modo que todas las miradas convergían en su liviana humanidad. Notó que dos dependientes se hacían señas con el codo y que otro se tapaba la boca para que no le vieran reír. También la mujer rubia volvió un momento la cara un poco enrojecida. Pero lo que le resultó a Sebastián más doloroso fue el gesto instintivo de dos de los hombres de agarrarse con fuerza a la madera del mostrador. Entonces advirtió Sebastián lo que no había advertido nunca: que su indumentaria estaba sucia y andrajosa y que en los codos de su abrigo detonaban dos piezas de otro color. Todo esto le importaba más que su corta estatura y la curva de la espalda. Esto, después de todo, era una cosa irremediable. Azorado se desabrochó el gabán, pensando que el traje estaría más presentable. Más, inmediatamente, volvió a cerrarlo al recordar los lamparones que invadían las solapas. Hubiera querido, en ese instante, haberse transformado en un gusano y desaparecer de allí por la rendija de la puerta. Pero uno de los hombres, esbelto y repeinado, salía ya de detrás del mostrador y se le acercó solícito: —¿Qué desea usted? Sebastián se aturulló. Apreció entonces que el llavero se le escurría por un agujero del bolsillo del pantalón, y, en su movimiento por contenerlo, precipitó la caída. Sintió el frío de las llaves a lo largo de su piernecita y, luego, el deslizarse presuroso de dos monedas por el mismo agujero. Las llaves y las monedas produjeron un tintineo cristalino al chocar con el suelo, y éstas rodaron prestas hasta topar con el mostrador. Estallaron varias risas, y Sebastián, al agacharse a recoger los objetos, se encontró más desamparado que nunca en su vida. Cuando se enderezó, muy sofocado, le pareció que la joven rubia le sonreía desde su encierro. Esto le animó un poco. Habló, trémulamente, entonces: —Querría ver a don Saturnino Suárez. ¡Oh, cómo resonaban sus sílabas en aquella estancia! Se le hacía que las piezas de tela repetían su frase en distintos tonos. (Aquellas piezas coloradas del fondo voceaban, indudablemente, más alto que las demás.) —Pase, pase... Le precedía amablemente el joven esbelto y repeinado. «Verse ante don Saturnino no tiene importancia después de salir de ésta», se dijo Sebastián. Y cruzó una de las puertas del fondo, que, servicialmente, le abrió el caballero repeinado, con una relativa seguridad en sí mismo. Un hombre calvo, con un matiz de carne rosado, se levantó al verle. Sebastián tuvo la impresión de que aquel rostro lo había visto antes en alguna parte. En un rincón hacía números en un librote descomunal el hombre de la cartera de piel. Al entrar le miró de reojo. El calvo le sonreía con un gesto simpático. Sebastián dudaba entre si debía abrirse o cerrarse el abrigo. —Siéntese, siéntese usted —le dijo el caballero calvo, y le estrechó cordialmente la mano. Sebastián se sentó en el borde de un gran sillón y con vergüenza constató que en aquel sillón ingente quedaba espacio más que suficiente para sentar a otros cuatro o cinco Sebastianes. —Usted es don Sebastián Ferrón, ¿no es así? —Sí, sí, señor... Don Saturnino, que era sin duda el hombre calvo, le trataba con gran consideración, como si no hubiera reparado en su horrenda presencia física. —Me ha hablado de usted con gran interés don Julio Longa... —Sí, sí, señor... Era amigo de mi padre. —Sí, ya lo sé. —Meditó unos segundos mirando al techo y rascándose la calva. Luego añadió: —Me ha dicho que le gustaría a usted trabajar con nosotros, ¿no es así? —Sí, sí, señor... Cuando más seguro empezaba a sentirse Sebastián, advirtió que una moquita, helada con el frío de la calle, empezaba a derretirse en la ventana izquierda de su nariz. Sorbió un poco, ocasionando un ruidito desagradable. Don Saturnino se hizo el desentendido, pero el contable le censuró con una altiva mirada. Sebastián volvió a perder las riendas de sí mismo. Ahora toda su atención se concentraba en que la moquita no llegase a asomar por el agujero de la nariz. Oía la conversación de don Saturnino como un rumor accesorio, como un murmullo lejano, intrascendente y banal. La moquita resbalaba, y allí estaba Sebastián, al acecho, para truncar a tiempo la trayectoria. En último extremo recurriría al sorbetón, ante la imponente mirada del contable, que se emancipaba un momento del despotismo del Debe y del Haber para censurarlo. Al fin, Sebastián echó mano al bolsillo y extrajo un mugriento pañuelo archivado allí un mes atrás. Furtivamente se frotó la nariz intentando cubrir la totalidad del pañuelo con su pequeña mano. No obstante, la mirada incendiaria del contable le evidenció que no lo había conseguido. Don Saturnino continuaba hablando, hablando y haciéndose el desentendido, y, casi sin darse cuenta, Sebastián se vio de nuevo apreciando el alcance de sus palabras: —En realidad la dependencia está ahora completa, anótelo bien... (Se deshacían las ilusiones de Sebastián; tantas zozobras, tantos sobresaltos, tanto bochorno iban a terminar en nada, en unas buenas palabras sin ninguna traducción práctica.) El señor Suárez se levantó y Sebastián se creyó en el deber de no continuar sentado. Don Saturnino le envolvía en una corta mirada. «Me está midiendo, me está midiendo», tembló, horrorizado, Sebastián, y estiró sus miembros, tensó su pobre cuerpecillo, esperando alargarlo al menos una pulgada. —De todos modos, puede usted quedarse como mozo en el

almacén. Ya sabe, son trescientas pesetas con arreglo a la última reglamentación. Y el plus de vida cara... Y, ¿es usted casado? Sebastián imaginó que don Saturnino hacía un chiste y se rió para complacerle. Pero se rió con una risa cortada, seca, como un quejido: —No, no, señor; claro que no soy casado. (Se aclaraban las perspectivas de Sebastián con una ignota, diáfana luz.. Una luz que parecía provenir de las pupilas inmóviles del contable clavadas en él.) —De momento no es mucho lo que le ofrezco, pero andando el tiempo, si usted trabaja, puede llegar a dependiente, y... —Oh, es usted... es usted demasiado amable... Le sonreía el señor Suárez con una sinceridad tal que se diría que la sonrisa iluminaba hasta su rosada calva. De pronto, le asaltó a Sebastián la idea de que a don Saturnino le movía únicamente la compasión. Tuvo un momento de desfallecimiento, mas enseguida se encogió interiormente de hombros: «Bah, no es mi caso como para desdeñar la compasión». Deseaba hablar, hacerse el simpático, el afectuoso para con todos. Maquinalmente se aproximó a la mesa del contable: —Estoy pensando que esto debe de ser muy complicado. Sonreía; repartía sonrisas a voleo, con generosa prodigalidad, al señalar con su dedo regordete y deforme el Debe y el Haber del grueso volumen. El contable no respiró. Don Saturnino, en cambio, celebró la oportunidad de exponer su punto de vista contable: —No, no es tan difícil como parece; es como un burro con unas aguaderas... Lo interesante es mantenerlas bien niveladas. Al cruzar la tienda le parecía a Sebastián que el ambiente no era tan complejo y esquinado como había supuesto al entrar. Había dos clientes agobiadas de incertidumbre ante unas piezas que no se ajustaban plenamente a sus deseos. Don Saturnino mismo le abrió la puerta de la calle. Al pasar ante la rubia cajera, Sebastián le sonrió y le dijo muy bajito: «Buenos días». Ella le sonrió también. El señor Suárez, ya en la puerta, le estrechó la mano: —Mañana mismo puede usted incorporarse. Ya sabe que será bien recibido. Camino de su casa, le pareció a Sebastián que hacía menos frío que cuando, minutos antes, recorriera aquellas calles en sentido inverso, hacia los Almacenes... Capítulo Segundo. En los primeros días de su empleo en los Almacenes Suárez Hermanos, Sebastián recordó mucho a su padre. Le hubiera gustado prolongar la vida de aquel ser lo bastante para que pudiese haber contemplado su triunfo. Porque Sebastián se consideraba un triunfador. Le sostenía un íntimo convencimiento de que en el barrio todos le envidiaban. Constituían los Almacenes Suárez el establecimiento de tejidos más acreditado en la ciudad, y Sebastián presumía que su buena estrella se comentaba y apostillaba en todas partes. Su pobre padre hubiese muerto más tranquilo con la conciencia de este éxito del hijo. Pero Dios quiso que su padre se apagase sin esta mínima satisfacción; en verdad, su padre se apagó sin conocer satisfacción de ninguna especie. Sebastián recordaba su casa, en vida de su padre, como un verdadero infierno. Jamás el señor Ferrón coincidió en nada con su mujer, y estas discrepancias provocaban ingentes e ininterrumpidos conflictos domésticos. Desde muy joven, desde niño, había sido Sebastián el confidente forzoso de las bestiales reacciones de Aurelia hacia su marido. No podía contar las veces que su madre le había sintetizado, en una gráfica frase, la historia de aquel amor: «Yo remedí a tu padre sus bajos deseos; él, a mí, mi pobreza. Yo creo que fue un contrato bien equitativo». Y, en apariencia, la razón del matrimonio, aunque muy triste era reconocerlo, ésa fue. Aurelia se colocó de criada en casa del señor Ferrón cuando éste comenzó a ejercer como pedicuro. Don Sebastián no tenía malas manos para la profesión, y no tardó en hacerse con una discreta clientela. El señor Ferrón era muy bajo, cargado de espaldas y con un algo más, inarmónico y desafinado, en su ser que le hacía, físicamente, repelente y monstruoso. Por eso el infeliz no aspiró nunca a hacer un matrimonio normal; jamás dispuso de una mínima capacidad para despertar afecto; admitió como inevitable que si algún día alguna mujer se encadenaba a él no sería, desde luego, por cariño. Por esta razón aceptó resignado la fácil posesión de Aurelia, que, mediante un hábil juego de tira y afloja, le condujo al matrimonio. Después ocurrió lo que tenía que ocurrir. Surgió la disidencia desde el primer instante porque Aurelia aborrecía a su marido. Se daba a él, pero le soliviantaba constantemente con sus desprecios, sus ultrajes y sus insultos. Al pobre señor Ferrón se le saltaban los nervios; sus manos eran, cada día, menos expeditivas y seguras. Un día les nació un hijo. A Aurelia le horrorizó la crianza de un hijo imperfecto como era Sebastián. Aquello le dio pie para zaherir más a fondo a su marido. Le increpaba, llamándole egoísta; le denostaba por motivos insignificantes o sin motivo alguno. Sebastián recordaba haber sorprendido varias veces a su padre llorando. Sabía Sebastián que lloraba por él, previendo la amargura del camino que aún le quedaba por recorrer y presintiendo, proféticamente, que él, su padre, tan débil, no podría acompañarlo mucho tiempo. Y así fue. El señor Ferrón aparecía cada mañana más gastado y decrepito. Era joven aún, pero no lo aparentaba. Se le venían encima su profesión, su mujer, su hogar y la preocupación de aquel hijo. Y así fue consumiéndose poco a poco. Un día (¡qué fijo y claro conservaba Sebastián este recuerdo!) acudió a su consulta un personajillo muy conocido en la ciudad en aquel entonces. El señor Ferrón vio enderezarse un poco su fortuna. Aquello podría ser, de conseguir un buen trabajo, el comienzo de una necesaria rehabilitación. Y puso, como era natural, todas sus mermadas facultades en el empeño. Sólo le fallaron los nervios; un movimiento inoportuno, una palabrota, un grito terrible advirtieron a Sebastián, el niño. El personajito abandonaba la consulta cojeando y amenazando al señor Ferrón con el bastón.



Cuando Sebastián entró en la clínica vio a su padre agarrándose la cabeza desesperado y rezongando dicterios contra sí mismo. A su lado había una palangana y en el centro de ésta, rodeado de un charco de sangre, como el cadáver desnudito de un niño, estaba el dedo meñique del pie izquierdo de aquel buen señor. Sebastián hijo podía dar fe de que estaba arrancado de cuajo. Aquel contratiempo apremió el desenlace. El señor Ferrón sobrevivió poco al dedo meñique del personajito. Se postró en cama y una noche su homeopática humanidad se quedó rígida y fría, sin despertar a nadie ni decir oxe ni moxe. A los once meses justos de fallecido don Sebastián, Aurelia parió a la Orenca. Cuando alguna amiga la interrogó sobre la irregularidad del proceso de gestación de la pequeña, Aurelia se echó a reír y respondió «que la condenada cría era oncemesina». También se lo dijo así a su primogénito, aunque entonces Sebastián no tendría arriba de diez años. Sebastián evocaba estos episodios cuando avanzaba, entre la bruma mañanera, camino de los Almacenes. Le agradaba sentir en el rostro los picotazos de la niebla e imaginarse a su padre allá arriba, en un cielo difuminado, sin Dios ni satisfacciones, regocijarse de su buena suerte. Aurelia no se alegró demasiado con el nuevo empleo; se limitó a decir con aires de pitonisa a Sebastián: —Eres un bobo; ya veremos lo que esto dura. Y le forzó a presentarse en casa del señor Sixto a despedirse de él. Al señor Sixto no le costó prescindir de sus servicios; lo accesorio no le perturbaba nunca demasiado. Le manchó la mano de pimentón al oprimírsela y le dijo, francamente, que le deseaba muchos éxitos. Luego se situó tras su balanza mágica y se dispuso a escamotear unos gramos de arroz de la débil ración de una cliente. Así, concisamente, cerró Sebastián su trato con el ultramarinero a quien sirviera con lealtad durante seis años. Sebastián estaba contento en los Almacenes. Sus manos pequeñas y nudosas se estremecían al palpar las suaves piezas de seda, de raso o de terciopelo. Existía una honda diferencia entre este género y el que antes manejara en la tienda de ultramarinos. Lo de ahora se acercaba más a su manera de ser sutil y delicada, casaba mejor con su espíritu hipersensible. De los compañeros no tenía queja. En aquellas dos primeras semanas se habían comportado humanamente con él. Es cierto que le costó algún berrinche la adaptación, que la manía de algunos en tocar madera al divisarle y la de otros a sofocar las carcajadas al verle encaramado como un mono en la picuruta de la escalera le mortificaban, amargándole un poco su actual bienestar. «Pero —se preguntaba Sebastián— ¿por qué sitio he ido yo que mi presencia haya pasado inadvertida?» Y se consolaba así; sobre todo, observando la manera paternal de enseñarle y aconsejarle que utilizaba don Saturnino; la etiquetera y digna conducta de don Arturo, el apoderado, hacia él. El señor Suárez le presentó a los compañeros el primer día de su incorporación a los Almacenes. Después, poco a poco, Sebastián fue presentándose a sí mismo de verdad, sondeándolos, examinándolos, aquilatando todos esos pormenores íntimos que no caben en un apretón de manos por muy aparentemente sincero y cordial que éste sea. Así, don Arturo, el joven repeinado y etiquetero que le atendiera el primer día, se le iba definiendo con una rotunda claridad. Era, a su juicio, un comerciante perfecto. Las clientes no se privaban de esperar media hora si con ello conseguían verse despachadas directamente por don Arturo. Don Arturo les sonreía, les complacía, halagaba ceremoniosa y sutilmente su vanidad. El pobre Sebastián comprendió pronto que era éste un buen espejo donde mirarse; que por muchas vueltas que le diese a la esfera mercantil de la ciudad, no encontraría un maestro con mejores cualidades que las que don Arturo reunía. —Usted, que sabe distinguir lo bueno de lo malo, no debe llevar esto. Y don Arturo retiraba la pieza barata con cuquería y metía por los ojos de la cliente la pieza cara. Esto lo repetía con todas, empleando las mismas o parecidas palabras. Y a las clientes les enorgullecía el que don Arturo creyese, sinceramente, «que ellas sabían distinguir» y no se conformaban con cualquier cosa. Acababan, casi siempre, comprando lo que a don Arturo convenía que comprasen. —No, por Dios, esto no es para usted; usted no puede vestirse con estos harapos. La cliente sonreía, y por nada del mundo hubiese llevado aquello que don Arturo juzgaba indigno de ella. Sebastián miraba y analizaba, escuchaba y aprendía. Estaba decidido a hacerse un experto y competente comerciante. Él se abriría camino, aunque sólo fuera para desentumecer la memoria de su padre, su congoja postrera. Envidiaba a don Arturo porque don Arturo había ascendido ya varios escalones por la escalera del triunfo personal cuyos primeros peldaños pisaba él, tímidamente, ahora. Don Arturo comenzó como él, de mozo en los Almacenes; mas el señor Suárez se dio cuenta inmediatamente de su valía y lo ascendió a dependiente. Don Saturnino sabía que manejaba un arma de dos filos, y actuaba con discreción y astucia. Los demás establecimientos de tejidos de la ciudad iban conociendo la competencia de Arturo y le hacían ofertas tentadoras. El señor Suárez se veía obligado a acallar las llamadas de la ambición en el pecho de don Arturo e iba de concesión en concesión: mozo, dependiente, apoderado, partícipe, en buena cuantía, en los beneficios, asociado... Era un proceso ineluctable. Un día se alcanzaría el tope: don Saturnino no podría ofrecer más. Don Arturo se encontraba en la cumbre de la popularidad y era el momento. Entonces aquel cuerpo social se escindiría y la unidad de acción quedaría desarticulada y rota. La masa de sangre que lo vivificaba se dividiría en dos y a partir de entonces los dos antiguos asociados lucharían en campos opuestos. Don Arturo inauguraría un comercio propio y arrastraría en pos de sí toda aquella clientela que aguardaba pacientemente horas y horas a que él

concluyese con los que habían llegado antes. Era la evolución fatal del comerciante; el comerciante, como algunas células, se reproducía por bipartición. Pero don Arturo, hombre prudente y mesurado, no veía aún la oportunidad; no consideraba lograda todavía la plena madurez, ni realizadas la totalidad de las conquistas. Se hallaba en medio de la evolución. Sebastián lo miraba actuar, embelesado; contemplaba los movimientos rápidos, intensamente armónicos y sugeridores, de aquellas manos de dedos finos y blanquísimos. —Tengo algo nuevo y magnífico para usted. ¡Cómo se lo agradecía la cliente! Vigilaba de hito en hito a su alrededor, para que nadie le arrebatase aquella tela maravillosa que Arturo le reservaba con tanta amabilidad. Sí; ya lo creo que la quería. Que se la envolviese Arturo a hurtadillas para que no fuese demasiado descarada la atención. Luego se alejaba sonriente, pasaba por la caja, donde Anita, la bella mujer rubia, permanecía encerrada, y, por último, marcharía a casa, a contar a su marido, con la condición de que no lo divulgase, el gesto liberal de Arturo, el simpático apoderado de los Almacenes Suárez. Sebastián observó, nada más ingresar, que don Arturo conseguiría ser uno de los comerciantes más ricos y acreditados de la ciudad. Comprendió también que únicamente en este ramo de la economía cabía aún el encumbramiento en unos años; esa labor sorda y callada que culminaba un buen día en un negocio redondo y próspero. La gente diría luego: —Yo conocí a este hombre vendiendo cacahuets en la Plaza Mayor. Y así era, en efecto, sobre poco más o menos, con muy ligeras variantes. —Ese hombre no era nadie cuando empezó. Y hoy lo era, efectivamente, gracias a sus dotes singulares y a su esfuerzo ininterrumpido, casi heroico. Ninguno de los otros dependientes estaba hecho de la misma pasta que don Arturo, en opinión de Sebastián. Martín, un hombre alto y guapo, con un bigotito recortado debajo de la nariz, trataba de imitarlo con escaso éxito. Por sobre todas las cosas, Martín era un presuntuoso que alardeaba de conquistador. Se vanagloriaba de entontecer a la mujer que se proponía, aunque, a la vista, jamás trascendiese este supuesto entontecimiento. Martín las arrastraba con melosas sugerencias hasta el probador y, al salir de allí, aseguraba «que aquella pobre cliente estaba ya en el bote». Afirmaba que se había citado con ella y a la hora de cerrar, por la tarde, marchaba de prisa, o decía marchar, al problemático lugar de la cita. Martín pertenecía a una familia distinguida de la ciudad, pero su falta de talento para el estudio le condujo a recalar en el almacén como único remedio asequible para resolver su porvenir. Constituía Martín, por tanto, una rara excepción de su época. En este tiempo, los jóvenes estudiaban todos, los que tenían condiciones y los que no, tanto si existían fondos disponibles en el hogar como si había de recurrirse a procedimientos extremos para costear la carrera. Hugo era menos competente que Martín, pero también menos fatuo, aunque resultaba aún más ostentoso en su constante preocupación de exhibir sus dotes de Tenorio sin miramientos ni remilgos. Vivía con una muchacha en una modesta pensión y se jactaba de esto tanto como de sus aventuras pasajeras. Era bajo de estatura y muy moreno de pelo y piel. Los ojos, exageradamente negros, despedían fuego como los de un árabe. Poseía un temperamento exaltado y sensual. A las clientes las rozaba la mano intencionadamente o las musitaba piropos al oído. Anteponía el menor contacto furtivo a la posibilidad de hacer una buena venta. No le poseía, pues, la ambición de medrar, sino la ambición de la carne y la vanidad de ser admirado. El señor Suárez le reprendía y, a veces, se le inflaba, al hacerlo, una gruesa vena en la iniciación de la calva. Eso denotaba que la furia henchía su sangre, forzándole a buscar un desagüe que no encontraba. Pero Hugo era así y no hubiese cambiado aunque le intimidaran con la horca. Sus dos manos eran morenas y peludas como las de un mono, pero Hugo se ufanaba de ellas, convencido de que el hombre, cuanto más velludo, más irresistible e interesante resultaba a las mujeres. «El hombre y el oso, vellosos», afirmaba con retintín siempre que se aludía a ello, mostrando al auditorio el piloso envés de sus extremidades. Otro dependiente, el de más edad, y por el que más atraído se sentía Sebastián, era Manolo. Siempre se mostraba triste y cariacontecido. Tenía un cuerpecillo enclenque, formado, al parecer, de una urdimbre de huesos y nervios, y constantemente cavilaba en las dificultades de la vida y en la enmarañada y oscura perspectiva de dar salida a siete hijos, todos varones. Con Manolo congeniaba bien Sebastián. Era con el único con quien no se sentía oprimido al entablar conversación. Con los demás no hablaba a ser posible, y si lo hacía, procuraba siempre pasar inadvertido. Por último, había otros dos dependientes en los Almacenes que eran hermanos, jóvenes, rubios y muy aficionados a los deportes. Habían ingresado recientemente y aún permanecían precintados y sin destapar, sin abrirse a una peligrosa confianza. Después de la dependencia propiamente dicha, venían los mozos. Además de Sebastián, había otro mozo que se llamaba Emeterio. Éste era muy joven, apenas un niño, pero Sebastián receló desde los primeros días que era de él de quien principalmente debería guardarse. Tenía una nariz muy larga, con dos ventanas prolongadas y estrechas en las que se hurgaba activamente con los dedos a toda hora. De cuando en cuando, extraía de ellas un pedacito de materia viscosa con la que elaboraba, imprimiendo un movimiento uniforme e iterativo a las yemas de sus dedos, una pelotita oscura que lanzaba, sin miramientos, en cualquier dirección, mediante un hábil ejercicio combinado de índice y pulgar. Emeterio tenía un carácter expansivo y desmesurado. Charlaba mucho, casi siempre para decir tonterías o puerilidades, pero era a estos temperamentos expansivos y locuaces a quienes más temía Sebastián. En este ambiente

y entre estos compañeros comenzó a desenvolverse la nueva vida de Sebastián. Llegaba al almacén a las nueve menos cinco, hora en que todavía no había comenzado el barullo y los dependientes comentaban en corro las incidencias de la tarde anterior. Los dos hermanos rubios solían formar tertulia aparte con Emeterio y hablaban de fútbol y de aviones, pero sobre todo de fútbol. Las charlas se celebraban, por lo general, en torno a los radiadores. El otro mozo y Sebastián alternaban el encendido de la calefacción. Correspondía este quehacer una semana a cada uno. Al principio, Sebastián se las vio y se las deseó hasta que logró prenderla tres veces. En lo sucesivo aquella tarea no le planteó problemas de ninguna clase. Hasta las once sólo caía por el establecimiento algún comprador espaciado, y en esos casos un dependiente se destacaba del grupo para atenderlo. Poco después tenía lugar la invasión. Comenzaba a entrar gente y gente y la dependencia se multiplicaba, iba y venía, con un dinamismo enloquecedor. Se oía el rumor de muchas voces, el timbre de la caja, el retumbo compacto de las piezas al ser desenrolladas sobre el mostrador, todo simultáneamente. Sebastián se dividía para no frenar la vitalidad del negocio. — ¡Pequeño, el piqué de 21,80! Y Sebastián trepaba ágilmente por la escalera, las piezas desfilaban ante sus ojos — rojo, amarillo, beige — a gran velocidad. En los primeros días se aturullaba. Apenas distinguía el piqué de la franela y tanteaba las piezas tímidamente, aguardando que desde abajo le confirmasen: “ ¡Ésa! ». Y Sebastián se descolgaba, entonces, con la pieza al hombro. En pocos días se puso al corriente de los tejidos más vulgares y de su ubicación en la estantería. Subía y bajaba, bajaba y subía con pasmosa celeridad. «Después de todo — se decía Sebastián —, yo no tengo el temor de caer y torcerme la columna vertebral.» Oía, desde arriba, el tintineo del timbre de la caja, las frases persuasivas de don Arturo, la galante indicación de Martín invitando a alguna señorita a pasar al probador a ponerse las pieles; veía los furtivos desvíos de la mano de Hugo buscando el contacto de otra mano femenina; el salir y entrar de docenas de personas, la sonrisa de Anita, encerrada en su mostrador; y, al fondo, erguido y complacido, don Saturnino, con los pulgares metidos bajo el chaleco, junto a las axilas, viendo su máquina en marcha, el espectacular funcionamiento de aquel taller con piezas y engranajes humanos. E, inesperadamente, otra voz: — ¡El cheviot marrón, muchacho! Sebastián era el «pequeño», el «chico», el «muchacho»... Le dolió un poco, al principio, esta despectiva forma de designarle, pero acabó persuadido de que en ello no había ofensa, ni desprecio, ni mala voluntad hacia él, aunque algunas veces, sobre todo por parte de Hugo, lo pareciese. A la una, Sebastián echaba el pestillo y volvía el cartelito de «Cerrado». Los rezagados ponían cara de haber perdido un ser querido al topar con el cartel que les vedaba el paso. Aún continuaba el movimiento durante un cuarto de hora. El local se desahogaba por una puerta secundaria. Allí don Saturnino estrechaba manos y decía adiós, muy sonriente, a aquellos que le permanecían fieles hasta el instante de cerrar. Poco a poco iba remitiendo aquella fiebre hasta que el último cliente abandonaba el local. Se oía, en ese instante, un suspiro colectivo, se amontonaban y ordenaban algunas piezas y cada uno tomaba su abrigo del ropero y marchaba a comer. Don Arturo permanecía un rato con el señor Suárez, hablando y riendo de cosas del negocio. A Sebastián le daba la sensación de que a don Saturnino, entre risa y risa, le iban quedando desgarrones del alma al constatar que cada palabra y cada carcajada de don Arturo le desasía un poco más del fructífero cuerpo social. Poco después el apoderado se marchaba a dar una vuelta por la calle Principal. Era la hora del paseo de los estudiantes y las jovencitas. Pero don Arturo no iba allí a perder el tiempo. Espiaba los escaparates de los competidores con el rabillo del ojo — el pararse detenidamente a examinarlos estaba mal conceptualizado —, observaba las preferencias de los jóvenes y las jóvenes y de todo ello extraía luego ventajosas consecuencias que redundaban en la prosperidad del negocio. Sebastián, embutido en su abrigo raído, con las dos piezas detonantes en los codos, salía solo hacia su barrio. Pronunciaba un «adiós» colectivo y, pasito a paso, se encaminaba a casa, rumiando los nuevos conocimientos, la astucia mercantil de don Arturo, la posibilidad de que algún día pudiese él contemplar, con los dedos pulgares bajo el chaleco, la feliz marcha, fecunda y crematística, de una empresa propia. Con alguna frecuencia se detenía en la Plaza del Mercado. Allí tenía su cuartel general una pareja pintoresca que concentraba a la multitud a su alrededor. La mujer actuaba como adivinadora y el hombre, que se calificaba a sí mismo como el «doctor cubano», la explotaba y vendía un unguento prodigioso para cicatrizar heridas. Sebastián había oído hablar con desprecio de aquella mujer, pero él la admiraba. Admiraba aquellas facultades excepcionales que le permitían adivinar las penas y miserias y, también, las alegrías de sus prójimos; admiraba la sencilla manera de mostrar en público su talento y, sobre todo lo demás, admiraba su escasa ambición, ya que, a juicio de Sebastián, de haber explotado sus condiciones en un teatro cualquiera hubiera salido en menos de un año de la miseria. El hombre formaba el corro, con minuciosidad de artesano, en torno a la mujer, encaramada sobre dos cajones y con los ojos vendados. La gente se arremolinaba esperando el comienzo. Salvo alguna excepción, podía asegurarse que a la pintoresca pareja la circundaba un corro de fe. — Se pide que te concentres. Sonaba ronca, gutural y poderosa la voz del hombre, mientras perfeccionaba el círculo de oyentes, empujando a unos y rogando a otros. Su voz, de improviso, se hacía monótona, inarticulada casi, como un murmullo: — Concentra,

concentra, concentra... El corro iba cobrando una precisión geométrica. Crecía la expectación y los chiquillos ganaban a empujones la primera fila. Alguien, impaciente, llamaba con un susurro al «doctor cubano» y le hablaba al oído. El espectáculo comenzaba: — ¿Quién te pide consulta? La voz ronca del hombre iba dirigida a la mujer. Ésta se estremecía un tanto por el esfuerzo de la concentración. Al cabo, respondía con una voz agudísima, como un chirrido: — ¡Una señora! Continuaba el hombre: — ¿Qué desea esta señora? Y ella, tras leves vacilaciones: — Esa señora tiene en el pensamiento a su esposo. La «paciente», arrebujaada en su mantón negro, asentía. La adivinadora proseguía desde su improvisado estrado: —... y desea saber si su marido sanará de su enfermedad. Se hacía un silencio de muerte. A la consultante comenzaban a brillarle los ojos y una lágrima furtiva rodaba mejilla abajo. Todos la miraban con ansiedad; leían en su rostro cómo la intimidad que ponía la pitonisa patas arriba era muy cierta. El fallo se hacía desear siempre. Al fin, la adivina sentenciaba de modo inapelable: — El marido no sanará totalmente de su enfermedad, pero mejorará grandemente. Hervía el respetable en un murmullo de compasión. A Sebastián le arañaba la garganta la desgracia de la mujeruca del mantón, que se alejaba haciendo pucheros y enjugándose las lágrimas con un pañolón de lunares negros. Y seguían las consultas. De cuando en cuando, el hombre agrandaba o perfeccionaba el corro, y una gran serpiente que le acompañaba sacaba la cabeza de una cesta ante el estupor y el susto de los chiquillos. — Yo soy el «doctor cubano», y les juro a ustedes que siempre he respetado la primera fila de butacas — reía, nerviosa, la concurrencia — para los niños. Vamos, un poquito más atrás. Se ve lo mismo. — Y nuevamente elevaba su voz, ronca y omnipotente —: Aquí se admiten toda clase de consultas, a excepción de las religiosas, políticas, de abastos y de tasas... Algunos se marchaban. Entre consulta y consulta, el «doctor cubano» encajaba tubos de pomada con gran facilidad. Los que la habían usado se hacían lenguas de su maravillosa eficacia, y estos elogios constituían un estímulo para los vacilantes. Ante estas ventas considerables, Sebastián no podía por menos de recordar a don Arturo y establecer un paralelo entre él y el «doctor cubano». Una mañana, la víspera de Todos los Santos, Sebastián vio acercarse al corro de espectadores a la Aurora, la hija del señor Sixto. La Aurora era muy conocida en el barrio de Sebastián. Llamaba la atención por lo ridículos que resultaban la presunción y el engallamiento en un ser tan poco atractivo. Usaba unas gruesas gafas que acentuaban el ungüento verde oscuro con que se acicalaba los bordes de los ojos. Era corta, ancha y culibaja, y, aunque gastaba mucho en vestirse, tenía un aspecto desolador. Parecía preocupada aquella mañana. Con una marcada habilidad de tornillo logró internarse hasta la primera fila. Desde allí siseó varias veces al «doctor cubano», hasta que éste se aproximó a ella. Sebastián se preguntó qué es lo que aquella criatura tendría, en su intimidad, de consultable. — ¿Quién te pide consulta? Por centésima vez en aquella mañana repitió el doctor su interrogante. — Una jovencita... — Aurora se arreboló un poco. — Y, ¿qué desea esta jovencita? — Esta joven tiene en el pensamiento a su novio... Y desea saber... — se detuvo la pitonisa, como midiendo el alcance de su futura frase — si su novio volverá a ella. Los soldados y varios hombres de mono y tabardo que rodeaban al «doctor cubano» estallaron en una carcajada. Fue todo visto y no visto. La Aurora se arrepintió de su osadía, volvió la espalda al doctor y se abrió paso a codazos entre la multitud. Luego echó a correr como si la serpiente del «doctor cubano» la persiguiese. La carcajada, entonces, se hizo general. El hombre se encogió de hombros y prosiguió, dando forma al corro: — Yo, el «doctor cubano», les juro a ustedes que siempre... Sebastián se alejaba también. Pensaba en la Aurora, en la inexplicable conducta de la Aurora. Después de todo, a él nada de ella le importaba, pero aquella absurda consulta al «doctor cubano» le colmaba de curiosidad. Al llegar a casa encontró a su madre atendiendo la cocina y a la Orenca, con los ojos llorosos, que encendía un brasero. Sebastián se fue a su cuarto. En la cabecera de su cuarto había un pintarrajo de San Ignacio de Loyola. Y al verlo, por un momento, se le hizo a Sebastián que aquella mañana no había salido aún del almacén. Enseguida se dio cuenta de que la pintura de San Ignacio era una reproducción exacta del semblante de don Saturnino Suárez, y aquello le pareció un gran milagro. La Orenca entraba ahora con el brasero y lo introdujo en una pequeña camilla, vestida indecorosamente con una falda de color claro, llena de manchas de vino y churretes de grasa. Tres sillas y un aparador polvoriento y desvencijado completaban el mobiliario. En los cuartos de los lados dormían Aurelia y Orenca, y, en la alcoba de la misma habitación, Sebastián. La niña, como era frecuente en ella, se quedó quieta mirando a su hermano. A Sebastián no le agradaba esta silenciosa y concentrada contemplación. «Me está midiendo, me está midiendo», no podía por menos de pensar cuando veía unos ojos posados en él, aunque éstos fuesen los de su hermana. Carraspeó y se sentó al brasero. La pequeña continuaba observándole, indiferente. — Oye, Orenca... — murmuró de pronto Sebastián. La niña no se inmutó. Prosiguió el hermano: — Mañana son los Santos y pienso ir al cementerio a llevar unas flores a nuestro padre. ¿Querrás venir conmigo? — Bueno, te acompañaré. Aceptaba Orenca como si con ello le hiciera un favor, no por impulso espontáneo. Por la puerta del pasillo se adentró la avinagrada voz de Aurelia, llamando a la niña: — ¡¡Orenca, Orenca!! A Sebastián le arrastraba una impresión de asco al escuchar aquella llamada conminatoria, como si el nombre de la pequeña llegase sumergido en vino y

arropado en la grasienta cazadora militar. Le mortificaba ver a su hermana trabajando como un burro de carga de la mañana a la noche, sin una expansión ni un rato de regocijo. Y las punzadas lancinantes que le asaeteaban el alma se hacían más dolorosas cuando escuchaba en la calle el murmullo jaranero de sus pequeñas vecinas, las de la edad de Orenca, jugando al corro o saltando a la comba. Comió poco y, sin un rato de sobremesa, salió para los Almacenes. Eran aquéllos unos días de mucho movimiento; la gente se preparaba para sortear el invierno y se vendían muchos artículos de abrigo. Sebastián subió y bajó, trepó y descendió cientos de veces por aquella escalera de la tienda que, en dos semanas, se le había hecho familiar. En tanto pensaba en Orenca sin conseguir tampoco desentenderse de la imagen de la Aurora frente al «doctor cubano», indagando por el novio fugitivo. Entre el repiqueteo del timbre de la caja y las frases persuasivas de don Arturo se alzaban las sombras de su hermana y de la Aurora eclipsándolo todo, como si se erigiesen en los núcleos fundamentales de su existencia. Ya de noche salió del almacén. La gente paseaba por la calle a pesar del frío inclemente. Las confiterías iluminaban bandejas repletas de buñuelos de viento y huesos de santo. (Imaginó Sebastián que entre éstos se encontrarían los de su padre: pequeñitos y dulces, así se había imaginado siempre él los huesos de su progenitor.) La Plaza del Mercado se hallaba alfombrada de pétalos de flores y la gente los pisaba sin inmutarse, los mataba con los tacones, pensando, quizá, que no les estaba permitido evadirse de la función de preservar el reposo de los muertos. Aquella noche, al desnudarse, se avergonzó Sebastián de hacerlo ante los ojos húmedos y paternales del señor Suárez. Alargó la mano y volvió el cuadro de San Ignacio contra el tabique. Más tranquilizado, se desprendió de los calzoncillos y de la renegrida camiseta —ambos llenos de agujeros, como si estuviesen comidos de las cucarachas—, se metió en la cama y apagó la luz. Luego se quedó pensando mucho rato en la oscuridad. Capítulo Tercero. Después de comer, Orenca y Sebastián salieron de casa para ir al cementerio. Las calles, aunque arrasadas por un viento helado, se veían muy transitadas. Había en ellas más luto que de costumbre, como si todos hubiesen reservado los trapos negros con que se tocaban para ir a saludar a sus muertos. Se adivinaba en la gente un afán de emulación, de adornar las tumbas familiares con mayor primor que el vecino. El mismo Sebastián no se libraba de este sentimiento. En la Plaza del Mercado se detuvo para comprar unas flores. Los tenderetes, que usualmente expendían puntillas, carretes y ovillos de hilo, plumines, horquillas, herretes y otras bagatelas, se veían hoy atestados de flores y coronas mortuorias. Había allí claveles, dalias, pensamientos, crisantemos... Sebastián caviló, antes de decidirse, durante unos minutos; al fin, sonriente, escogió dos ramilletes de crisantemos. En el fondo, aun sin él darse cuenta, pensaba: «Sí, con esto mi padre estará más guapo y distinguido que los demás muertos. Sobresaldrá de todos sus contertulios del camposanto». Y, cogidos de la mano, Orenca y Sebastián se perdieron en un laberinto de calles. Formaban una pareja inefable y grotesca. Sebastián, con su traza física, acentuada por las deplorables prendas que vestía, y, a su lado, la niña, alta y espigada, más alta que Sebastián, con los ojos muy grandes, muy abiertos y muy asustados, el cuerpecillo embuchado en un raído abrigo gris claro que apenas le ocultaba los flacos muslos, y con una tiñosa pielezuca de conejo protegiéndole el cuello. Pronto dejaron atrás el casco urbano. Los edificios de pisos iban diseminándose y aparecían primarias barracas y casuchas miserables de una sola planta, rodeadas de pequeños huertos. La carretera, bordeada de cipreses, semejava una interminable procesión de capuchones como las que recorrían la ciudad durante la Semana Santa. Orenca y Sebastián apenas hablaban; si es caso, se transmitían sus emociones por el contacto de las manos. La gente iba y venía, unos despacio, deprisa otros, algunos en lujosos automóviles, muchos en los gruñones y renqueantes autobuses de la ciudad, que, al tomar cada curva cerrada, amenazaban con acostarse allí para no volver a levantarse. Orenca y Sebastián avanzaban, perdidos en el barullo. La gente hablaba a su alrededor con una locuacidad desenfrenada, como si acabaran de percatarse de la conveniencia de flexionar la lengua un número determinado de veces antes de servírsela de pasto a los gusanos. Encerraba mucha belleza aquel camposanto; una belleza de tránsito, no enteramente de este mundo, pero tampoco del otro. Sebastián recorrió varios paseos con respeto y un tanto sobrecogido. Orenca miraba a los lados y, de repente, soltó la mano de su hermano y se llevó las dos suyas al rostro sofocando un grito: — ¡Sebastián, me ha rozado un ánima; me ha dado en la cara, te lo aseguro! La niña se había exaltado y estaba a punto de llorar. Desmanotadamente trataba de arrancarse la turbadora sensación que notaba impresa en la mejilla. — ¡Tonta! Si es una tela de araña —rió Sebastián. —No lo es, no lo es. ¿Dónde está la tela de araña? —Anda, dame la mano y no tengas miedo. (Los temores inconcretos de Orenca preocupaban mucho a su hermano; esto era lo único que arrancaba a la niña de su habitual indiferencia por todo. Ni los golpes ni las reprimendas de Aurelia la rozaban; sólo podía con ella aquel pánico infundado, absurdo, que la poseía a toda hora.) El señor Ferrón tenía su última morada en un extremo del cementerio. Allí una humilde losa gris decía simplemente: «Don Sebastián Ferrón. 1893—1932. R.I.P.». Y arriba de la losa había sido horadada una cruz. Sebastián se detuvo y esparció, con minuciosa precisión, los crisantemos sobre la tumba; después comenzó a orar un poco maquinalmente. A poco, observó de reojo a la Orenca y se dio cuenta de que la niña no rezaba. Interrumpió un

Padrenuestro: — ¿Por qué no rezas por nuestro padre, Orenca? — Él no era mi padre — Sebastián se agitó sobresaltado: — No digas esas cosas, mujer. — ¿Por qué no voy a decirlo, si es cierto? No vayas a creer que todavía soy una tonta. . No obstante, Sebastián sabía que este desengaño, como tantos otros, habría de comérselo él solo, que jamás se atrevería a enfrentarse con Aurelia e increparla por su conducta, que su madre proseguiría socavando el cauce por donde él y la niña, por las buenas o por las malas, habrían de continuar caminando. Orenca advirtió la compunción de su hermano: — Anda, Sebastián, rezaré por él contigo, si tú lo quieres. No importa que él no fuera mi padre. Rezaron muy quietos y muy juntos, bajo la atmósfera reposada y yerta del camposanto. La tarde iba cayendo imperceptiblemente sobre ellos. Una picaza infatuada galleaba desde la copa de un alto y fantasmal ciprés. Transcurrido un corto rato, Sebastián se levantó, volvió a tomar de la mano a su hermana y ambos caminaron pausadamente hacia la puerta. En una plazuela del cementerio se erguía un severo monolito de mármol con una pequeña capilla en la base. En el frontis de la capilla decía: «Panteón de hombres ilustres», y a continuación, en una lápida blanca, se alineaban hasta dos docenas de nombres. (Sin querer le recordó a Sebastián aquella sucesión de líneas negras los castigos del colegio —en los tres años anteriores a la muerte de su padre—, cuando le ordenaban copiar hasta un centenar de veces aquello de que «Los niños deben ser educados».) Sebastián leyó algunos nombres ilustres y suspiró. «Después de todo —se dijo—, su cama no es ahora mejor que la de mi padre; ni sus huesos serán tampoco más duros y resistentes.» La puerta del camposanto vomitaba toneladas de gente negra. Las tragaba con flores y sonrientes y las devolvía sin flores y apesadumbradas. De aquel constante ir y venir dedujo Sebastián que la vida, la vida toda, consistía simplemente en eso: en ir y venir, en fluctuar, hasta que la guadaña de la muerte segaba la última trayectoria. Se adentraron por el camino de cipreses, en ruta hacia la ciudad. Se iba haciendo de noche y algunos farolillos mortecinos comenzaban a encenderse a los costados de la carretera. El viento había amainado o les daba ahora de espaldas y se hacía menos sensible. En las calles, la multitud festejaba el día saliendo de casa, sin motivo ni rumbo, deseosos de dejar volar tres horas grises a la intemperie, badulaqueando, para convencerse de que aquello era, a la postre, un día de fiesta y se veían libres de la tiranía de la oficina, de la tienda o del taller. Al pasar ante una confitería, Sebastián se detuvo. Acababa de experimentar un irresistible impulso de ternura que le impelía a abrazar y estrechar contra sí aquel manojito desgachado de huesos que era la pequeña. — Te voy a convidar, ¿sabes? — ¡Huy, qué gusto! — sonrió Orenca. Y pegó su roja naricita a la vitrina. Tras unos minutos de indecisión, señaló con el dedo un hueso de santo relleno de pasta de fresa: — Ese, yo quiero ése. Penetraron los dos y Sebastián pidió dos huesos de santo. Mientras comía el dulce, observaba la delectación de la pequeña socavando el canuto con la afilada punta de la lengua. Al pretender pagar se dio cuenta de que las golosinas importaban un real más de sus posibilidades. Se aturdió Sebastián: — Mire, no tengo más que dos veinticinco. Yo creí... Me parecía que tendría bastante, y... La mujer, una mujerona como una torre, obesa y coloradota, torció el gesto. Añadió Sebastián, tartamudeando: — Yo puedo dejarle en prenda lo que usted quiera... Desde luego... — No hace falta; ya pasarás mañana por aquí. Sebastián se sonrojó: — El caso es que hasta el domingo no podré disponer de dinero. — Bueno; pues el domingo te espero. Salieron. Su impotencia económica le había arrebatado a Sebastián el buen gusto del dulce; su impotencia y el tuteo impertinente de la confitera. A Sebastián le dolía ver cómo pasaban los años sin que su personalidad aumentase por ello; le mortificaba que en todas partes le considerasen como un chiquillo, sin pizca de poder de representación. Parte de ello lo achacaba a su dependencia económica, a aquel no poder desprenderse de dos pesetas sin amenazar gravemente el equilibrio de su asignación dominical. Pero otra parte la llevaba él mismo auestas, con su insignificante porte y aquella cara de niño pequeño, de niño triste y atolondrado. Sebastián hubiera deseado sólo por esto, sólo por verse tratado de usted y oírse llamar «don Sebastián», alcanzar un puesto importante, codiciado, en la vida. Añadía un nuevo grado a su depresión el hecho de que Orenca hubiera sido testigo del despectivo trato de la confitera. La pequeña, colgada de su brazo, se relamía aún los labios de placer. De pronto pareció conectar sus pensamientos con los de su hermano: — ¿Cuánto te da ahora madre los domingos? Le molestaba a Sebastián tratar este problema con Orenca. — Lo mismo que antes. — ¡Huy! ¿Lo mismo que cuando trabajabas en la tienda del señor Sixto? — Igual. — ¿Siete pesetas, entonces? — Sí. — Es poco. — Sí, no da para comprarse un coche. Atravesaban ya la Plaza del Mercado y entraban en su calle, estrecha y animada. A la derecha, el pacífico paredón ciego del convento de los capuchinos parecía una sucursal del cementerio, tal era su imperturbabilidad y su reposo ancho y macizo. Allí, al lado, unos chicos ataban una lata al rabo de un perro. El chucho acabó perdiendo la paciencia y, revolviéndose contra ellos, soltó dos potentes ladridos. Los chiquillos, atemorizados, rompieron a correr, desparramándose y riendo convulsivamente. Mas, al poco rato, los rapaces tornaron a la carga y era el can, ahora, quien trotaba arrastrando un llanto quejumbroso y agudo a lo largo de toda la calle. Los portales del barrio eran lóbregos y oscuros como carboneras. Las tiendas mantenían cerradas las trampas. Algunas mujerucas vendían naranjas y cacahuets desde los tenderetes montados en las aceras. Los novios pasaban

cuchicheando muy juntos y algunos se escondían, amartelados, en los negros portales. Al fondo de la calle, el cine iluminaba los muros pardos de la parroquia, situada enfrente, con un resplandor rojizo. Ante la taquilla se retorció la cola como una serpiente de un centenar de segmentos articulados. Los tenderetes se multiplicaban ante la puerta del teatrillo y las vendedoras no se retraían de pregonar sus mercancías a voz en grito. Orenca y Sebastián se zambulleron en el portal de su casa. El monstruito de la cabeza de león y los pechos cónicos los observó desde el remate de la barandilla. (Aparentaba abrir más los ojos cuando alguien se aproximaba.) El portal se mantenía casi a oscuras, apenas rotas las tinieblas por una bombilla de luz amarillenta, encerrada en una jaula en el vano de la escalera. Ascendieron Orenca y Sebastián y llamaron en su piso. Salió Aurelia a abrirles. Sebastián se quedó pasmado, mirándola incrédulo. Se había despojado de la horrible cazadora parda y hasta se había peinado sus cabellos débiles y zarriosos. —Pasad, niños; tenemos visita. Orenca y Sebastián se miraron en silencio. Aurelia les sonreía y les daba palmaditas en los hombros como una madre derretida de ternura. —Venid, venid por aquí... Les abrió la puerta de la habitación de la camilla. Pasaron. A Sebastián fue la presencia de la visita lo que le hizo reparar en el aspecto desolado de la habitación. (La camilla se levantaba triste y fría en el centro de la estancia polvorienta. En derredor, tres sillas, con el asiento de paja, dos de ellas ocupadas por doña Claudia y la Aurora y la otra caliente aún del opulento trasero de Aurelia. Un viejo y mohíno aparador apartado en una esquina completaba el frugal mobiliario.) Sebastián se dirigió hacia su antigua patrona y la saludó, preguntándole, en un murmullo, por el señor Sixto. Luego estrechó la mano de la Aurora, a quien, no sabía si por los efectos de luz de su casa, encontraba pálida y desmejorada. La niña se quedó tiesa e inexpresiva bajo el marco de la puerta. —Vamos, saluda a estas señoras. Su madre la conminaba, mas Orenca se encerraba en su hosquedad un poco salvaje. Le imponía el sombrero aparatoso de doña Claudia y los ojos abesugados de Aurora, que se le metían en la carne, agrandados por aquellos cristales como culos de vaso. —Hola. Pronunció, al fin, la niña un «hola» como un ladrido y salió disparada a encerrarse en su habitación. —Discúlpela, doña Claudia, es muy hurona. Se estiró la boca de doña Claudia en un amago de comprensiva sonrisa: —¿Y cómo te va, Sebastián, en tu nuevo cargo? Doña Claudia le interrogaba con ironía. Sebastián se sintió incómodo. —Bien; hasta ahora estoy contento. Su madre se había sentado de nuevo y él era ahora el único que permanecía de pie. —Creo que estás de botones en los Almacenes Suárez, ¿no es así? —No, señora; estoy de mozo. —¡Ah! Al decir “¡ah!» levantó la cabeza y un pájaro artificial encaramado en la copa de su sombrero retembló. Habló Aurelia: —Doña Claudia se ha acordado del aniversario de tu padre, Sebastián. Ése es el motivo de su visita. Sebastián quiso agradecerlo, pero no pudo; no se sentía capacitado para comprender cómo aquellas dos mujeres se acordaban del señor Ferrón al cabo de catorce años. Por primera vez en la vida, creía recordar Sebastián, ocurría esto. Por más que el aniversario de su padre no era ahora, sino en julio. No se pudo contener: —Pero mi padre murió el 13 de julio. Se sonrieron entre sí las tres mujeres. Su madre tomó la palabra: —Ya lo saben, Sebastián; pero mañana son las Ánimas Benditas y es el aniversario de todos los «fiambres». Fue muy desagradable para Sebastián oír tratar a su progenitor de esta manera. Y más por boca de Aurelia. No obstante, como tantas veces, no dijo nada. Doña Claudia cambió el rumbo de la conversación, después de mirar en torno: —Es ésta una habitación muy guapa. (¿Por qué le infundían desaliento a Sebastián estos adjetivos tan traídos y llevados por los vecinos del barrio?) ¡Vaya que sí! Podrían ustedes sacar mucho partido de ella... —Ya lo creo; no le falta razón, doña Claudia. Prosiguió la señora de don Sixto: —Sí vieran ustedes qué maja hemos puesto ahora nuestra salita de estar, ¿verdad, Aurora? —Sí, mamá. —La hemos puesto al estilo Luís XV. Hemos comprado en un antiguario unos mueblecitos muy estilizados. Estilizados Luís XV, ya les he dicho antes... (Sebastián sufría por su madre. La veía rígida como una roca, con una sonrisita boba curvándole los labios; impenetrable por completo a las insensateces de doña Claudia. Tan sólo de vez en cuando lanzaba un ruidoso chorrillo de aire por los intersticios de los dientes para purificarlos de elementos nocivos. Y el sonido que producía entonces era semejante al de un ruiñón joven que aún no ha aprendido a cantar.) —Luego hemos forrado la sillería con un raso muy mono de florecitas, ¿verdad, Aurora? —Sí, mamá. —Ha quedado muy cuco; sí, muy cuco. Pero todo tan caro. Los antiguarios se han puesto por las nubes. Me acuerdo yo antes de la guerra... (Sebastián recordaba pocas cosas de la preguerra; pero las suficientes para evocar la ínfima tiendecita del señor Sixto, en un cuchitril próximo al lugar que ahora ocupaba el cine y donde sólo se despachaban bolas de anís, regaliz de palo, canicas de dos colores, ajos, castañas pilongas y cajas de chicle conteniendo dos pastillas rosadas. Si la señora Claudia acudió a un anticuario antes de la guerra sería, a no dudar, para desprenderse del resto de un posible patrimonio familiar.) —Entonces se encontraban las cosas a un precio razonable. Pero ahora, ahora todo el mundo no piensa más que en ganar aunque sea a costa de la sufrida piel del prójimo. Aurelia pudo, al fin, intervenir: —Y que usted lo diga, doña Claudia; la vida está cinco veces. Antes se vivía con nada. —No tiene usted que decírmelo. —Retemblaba otra vez el pajarito del sombrero de doña Claudia—. Ve a usted los automóviles. Sixto hace tiempo que anda tras uno, pero no se decide. Y hace muy bien. ¿Qué dirá

usted que le piden por un Sevrolet del año treinta? — ¿Cinco mil duros? Aurelia puso los ojos en blanco sólo de insinuar esta cifra. — Ponga cinco mil más. — ¿Diez mil duros por un automóvil viejo? — Ni uno más, ni uno menos. Aurelia quiso demostrar bien a las claras su pasmo: — ¡Hay que amolarse! (Sebastián se sintió invadido por una corriente muy viva y caliente de sangre. Se sofocó. Aquellas explosiones de perplejidad de Aurelia le ocasionaban náuseas, le hacían tener presente continuamente la maldita cazadora parda, plagada de lamparones de vino y de grasa.) Aurora arrastró hacia atrás la silla y se aproximó a Sebastián. Las dos madres cambiaron una mirada de entendimiento. — ¿Me quieres enseñar tu casa, Sebastián? Éste se acogió al escape que se le presentaba: — Bueno, pero te advierto que es muy fea. Pasaron al cuarto de Aurelia. Allí languidecía sus penas la horripilante cazadora, tumbada sobre la cama de su madre. Todo estaba sucio, desbaratado y en desorden. — Es una habitación muy hermosa, ¿qué tendrá? ¿Seis metros por tres? Aurora se mostraba discreta. De aquella destartada habitación no cabía decir otra cosa. Sebastián asintió y se sobrecogió de un íntimo rubor cuando se adentraron en su alcoba: — Aquí duermo yo. Aurora soltó una risita: — ¿Y es capricho tuyo poner los cuadros del revés? Reparó Sebastián en el San Ignacio vuelto de espaldas la noche última. Le era duro confiar a Aurora los motivos de esta particularidad. Se hubiesen visto complicados en la confidencia don Saturnino, las cucarachas y, sobre todo, sus calzoncillos; por eso prefirió callar. — Lo habré hecho sin darme cuenta. — ¿Eres sonámbulo? Notaba Sebastián que jamás Aurora se había comportado con él con la cordialidad agresiva con que ahora lo hacía. Aurora, aunque fea, se había visto siempre muy solicitada, porque en el barrio, casi en la ciudad entera, tenía fama de atrevidilla y pindonga. A Sebastián lo miraba por encima del hombro, sin olvidarse de que aquel hombrecillo ruin y torcido era, a fin de cuentas, el recaderillo de la tienda de su padre. De repente, todo aparecía distinto. Una Aurora instintivamente pegajosa y cordial le hablaba en melosos tonos y le dirigía, por entre los pequeños círculos concéntricos de sus gafas, húmedas y melancólicas miradas de carnero degollado. Sebastián atribuyó el cambio a la importancia de su colocación actual. Alrededor de la camilla proseguía el monólogo de doña Claudia, mientras la mirada tonta de Aurelia continuaba dilatándose con asentimiento. Aurora y Sebastián alcanzaron el pasillo. Aquél señaló a su huésped la primera puerta a la derecha y dijo en voz baja: — Ésta es la habitación de Orenicia. — Y añadió, disculpándose: — Pero ella está dentro ahora. Pasaron de largo hasta la cocina. Pensó repentinamente Sebastián que era absurdo todo cuanto acontecía esta tarde en su casa. Y lo más absurdo de todo, aquella detenida inspección de su hogar por parte de la Aurora. (Un hogar deplorable, sin nada que ver, como no fuese la inmundicia y el polvo que se acumulaba en los rincones.) Al dar la luz de la cocina, tres ratones pequeñitos y de una nerviosa movilidad saltaron de la lata de la basura, que apestaba a restos podridos, y se refugiaron en el cuchitril de la leña. A Sebastián le abochornó este detalle: — Ésta es una casa muy ratonera — se justificó. Aurora trascendía optimismo y comprensión: — Todas las casas viejas son ratoneras. Él se vio plantado, sin nada que añadir, pero el recuerdo de la tarde anterior vino en su auxilio: — Ayer te vi donde el «doctor cubano». Se sonrojó Aurora y comenzó a retorcer mecánicamente las cuatro puntas de un pequeño pañuelo. Ambos se recostaban en el fogón y oían, lejano como un arrullo, el rumor del monólogo de doña Claudia. Inesperadamente Aurora le miró con confianza, sin disimulo: — Estoy muy desengañada, ¿sabes, Sebastián? Este desahogo confidencial le aturdió momentáneamente: — ¿Qué te ocurre, Aurora? Le costaba arrancarse. No respondió enseguida, sino después de una pausa reflexiva: — Nada concreto, pero estoy harta de tontear. Él se aventuró: — ¿No tienes novio ahora? — ¿No me viste en el «doctor cubano»? Se azoró Sebastián: — Sí. — Entonces ya sabes que no. — Guardó silencio un momento. — Toda esa serie de novios no me ha dado ninguna felicidad, créeme. (Se preguntaba Sebastián qué habría imprimido en el alma de Aurora un viraje tan radical y qué es lo que la llevaba ahora hasta él para desembucharle de este modo sus desengaños. Aurora inclinó la cabeza sobre el pecho.) — He flirteado mucho, mucho... Tal vez demasiado, Sebastián... — Parecía apesadumbrada y mustia: — ...y no creas que por ello tenga el alma más llena — añadió. A Sebastián comenzaba a removerle por dentro un inconcreto sentimiento de compasión. Se percataba de que no siempre las desgracias propias son las más lamentables de las que pueblan el universo; que a veces hay criaturas que parecen dichosas, plenas, y luego están huecas y vacías como un tambor. Y en un minuto de intimidad vuelcan sobre nosotros su podredumbre y su miseria espiritual. La sensibilidad de Sebastián se estremeció al contemplar cómo se empañaban de lágrimas los gruesos cristales de las gafas de la Aurora. — Sí yo puedo hacer algo por ti... — ¡Oh, no te preocupes! Son tonterías mías. Todo esto son tonterías mías. Puso una mano sobre los dedos deformes y achatados de Sebastián y el infeliz se sobrecogió al notar la tenue caricia. Era la primera vez que recordaba haber percibido sobre su piel el tibio contacto de otra piel humana acariciándole. — Anda, vámonos allí; me ha gustado mucho tu casa; es un mundo de posibilidades... Avanzaron por el pasillo hasta el cuarto donde departían Aurelia y doña Claudia. Ésta se levantó al entrar ellos: — Te estaba esperando, Aurora. Yo creo que debemos marchar. Aurelia intentó retenerlas. Sebastián se confundió al ver abalanzarse a su madre sobre doña Claudia y sellarle las mejillas con dos espontáneos y ruidosos



besos. Con Aurora hizo otro tanto y a Sebastián le pareció advertir en el rostro de la chica una mueca de repugnancia. Cuando él le estrechó la mano se sonrieron levemente con una sonrisa de sabrosa complicidad. Aquella noche fue para Sebastián un constante revolverse en un mar de incertidumbres. No comprendía nada de lo que había acontecido por la tarde; la visita de las Fernández, las confidencias de la Aurora, el brusco afecto de su madre hacia ellas; todo, todo, le llenaba de estupor. Pero, sobre las demás cosas, le enardecía el recuerdo de la mano de Aurora sobre la suya, palpándole, confiándosele, como si se sintiese más sola e impotente que él mismo. No se le ocultaba la fealdad de la hija del señor Sixto; mas, al tiempo que la reconocía, notaba cobrar vida dentro de sí un anómalo y vago sentimiento, mezcla de compasión y desconocida ternura. Sebastián daba vueltas sobre sí mismo sin lograr dormirse. Se le calentaba la oreja emparedada entre la almohada y la cabeza y cambiaba de postura poniéndose boca arriba. Tampoco así se encontraba bien. Se le hacía que el almohadón iba endureciéndose paulatinamente hasta hacersele irresistible el duro contacto con la nuca. Se recostaba del otro lado y, a consecuencia de estos movimientos, las sábanas se plegaban y se le hincaban en el cuerpo, desazonándole. Había oído dar las once en una torre lejana y luego repetir las como un eco al viejo reloj de los capuchinos. Por la calle discurrían, hablando a gritos o cantando, algunos grupos de borrachines. Sebastián tornaba a estirarse o a encogerse entre las sábanas. Llegó a pensar si la visita de doña Claudia y Aurora a su madre no perseguiría su regreso a la tienda del señor Sixto. Ante esta posibilidad todos los nervios de su cuerpo se tensaron en una maquinal rebeldía. Enseguida rechazó esta figuración absurda, repitiéndose que él, en realidad, era un material humano de desecho que si se adquiría era por simple conmiseración. Los minutos seguían huyendo, desvaneciéndose. Sebastián no paraba inmóvil un momento. Oyó dar el cuarto, las once y media y las doce más tarde. Apenas terminó la última campanada comenzó, austero y crispante, el toque de ánimas. Los tañidos, distanciados y profundos, parecían acariciar el barrio como una aspersion de eternidad, imprecisa y queda. Rebotaban las campanadas en el silencio, arrastrando una estela lúgubre y monótona que trepidaba, un momento, en las tinieblas. Pero era el intervalo, largo, denso, entre una y otra campanada, lo que ponía a Sebastián al acecho, sobresaltado. Esta expectativa enredaba sus nervios de una manera diabólica. De pronto, percibió un grito de terror en la habitación de al lado. Seguidamente escuchó el movimiento alocado de un cuerpo que choca con sillas y trastos al tratar de rebullirse presuroso en la oscuridad. Sebastián se erizó todo él al oír, acto continuo, junto a sí, entre las tinieblas, un llanto crispado y convulsivo. Tanteó en la oscuridad buscando la pera de la luz y cuando apretó el botón pareció cerrarse aún más la oscuridad por encima de sus ojos. Oyó entonces la voz entrecortada de la Orenca a su lado: —No te molestes, Sebastián... El apagón es a las doce. Se acordó súbitamente del nuevo régimen de restricciones eléctricas. (Creyó oír la voz del señor Sixto, echándose las de gracioso, repitiendo que el español era un temperamento tan original que inventaba antes el automóvil que la gasolina. Luego, añadía, ha de esperar a inventar ésta para hacerlo andar. Y se reía. Se reían todos los que llenaban en aquel momento la tienda, la dependencia y la clientela.) Con un esfuerzo se incorporó Sebastián a la realidad: —¿Qué te sucede, Orenca? Le contestaron varios agitados sollozos. Él se sentó en la cama: —Dime, ¿qué te pasa? —insistió. —¿No oyes?, ¿no oyes? —repetía la Orenca, horrorizada. (Y el toque de Ánimas se filtraba por las rendijas del balcón, pausado y espectral.) —¡Bah! ¿Eres tonta? Son las campanas. La sintió apretar la cara contra la colcha convulsivamente. Pesaba la noche por encima de ellos como si la atmósfera fuese de plomo. —No seas niña, Orenca; las campanas tienen que tocar así toda la noche. Por la cabeza de la niña desfilaban fugazmente imágenes aterradoras. Se figuraba a los espíritus rozando con las sábanas blancas los bronces de las campanas, chocando y rebotando contra los vanos de las altas torres. —Son las almas en pena las que tocan así, Sebastián; estoy segura. —¿Tienes una cerilla? —inquirió él. —Las tiene madre; yo no tengo. Un tañido más grave que los demás produjo un ataque de histerismo en la chiquilla: —Ésa es el alma de tu padre, Sebastián. ¿Crees que me atormentará así por no haber querido rezar nunca por él? —Mi padre está en gloria; era muy bueno, Orenca. —Tengo un miedo horroroso; ¿te importa que traiga mi colchón y duerma aquí? Sorbía los mocos la pequeña de un modo mecánico, al tiempo que se comía las lágrimas. Los cuchicheos en la oscuridad matizaban misteriosamente la conversación. —Bueno. —Voy por él. La oyó correr de puntillas, por la tarima, con los pies desnudos. El «tan-tan» de las campanas se repetía con una insistencia de pesadilla. Se le ocurrió, de súbito, a Sebastián que estaba obrando egoístamente y se tiró de la cama dispuesto a ayudar a Orenca. Hacía un frío terrible en la casa, un frío que los tañidos metálicos y lejanos avivaban. Atravesó su habitación y entró de puntillas en el cuarto de su hermana. Avanzó dos pasos en la oscuridad y tropezó con ella. Un grito desgarrado de la niña le hizo vacilar: —Soy yo, Orenca; no te asustes. La pequeña se revolcaba sobre la cama, poseída de un irrazonable pánico. Entre sollozo y sollozo gritaba, sin preocuparse de atenuar la fuerza de su voz: —¡Dios, qué susto me has dado! ¡Dios, qué susto me has dado! Sebastián la incorporó y tomó el colchón en sus brazos: —Vamos, ven conmigo; eres una boba. Entraron en su alcoba. En este momento oyeron a Aurelia murmurar algo ininteligible. Los dos se quedaron quietos, Sebastián con el colchón en alto y su

hermana pegada a él. Aurelia seguía rezongando cuando apareció en la puerta de comunicación con una veía en la mano. Se sorprendió al ver aquel cuadro inesperado: — ¿Qué andáis haciendo, condenados? Parece ésta una casa de locos. Sebastián se explicó: — Orenca tiene miedo; quiere dormir aquí, conmigo. — La llama iluminó la faz estupefacta de la madre, inundándosela de espectrales contraluces. — ¿Miedo? ¿Miedo de qué? Sonó, hueca, la voz de Sebastián: — De las campanas. Los dos ojos enormes de la pequeña se centraban implorantes en su madre. Temía lo que seguidamente aconteció: — ¡Basta de tonterías! — dijo a gritos Aurelia—. Cada uno a su cuarto... — ¡¡No!! La rotunda oposición de Orenca resonó en la casa en tinieblas como un estampido. — ¿Cómo no, mocosa? Tú a dormir a tu cuarto, aunque te ensucies las bragas de miedo, pedazo de histérica. Ya te voy a quitar yo a ti esos ridículos nervios... Orenca rompió a llorar crispadamente. Aurelia se acercó a ella y la golpeó dos veces con violencia: — ¡Calla ya, puerca! La niña ahogó su llanto y se encaminó nuevamente a su habitación. Detrás de ella caminaba lentamente Sebastián con el colchón a rayas en alto. Poco después no se oía en la casa más que el eco solemne de los bronces, entreverado de los sollozos de Orenca. Y cuando Sebastián, al empezar a amanecer, hizo una visita a la niña, la encontró dormida debajo del colchón y con dos pedazos de trapo sucio metidos en los oídos.

Capítulo Cuarto. La temporada de otoño fue magnífica para los Almacenes. Se superaron con mucho las ventas de años anteriores y todo hacía presagiar que los rumores de crisis económica de que la gente hablaba con la convicción que da el desconocimiento no pasarían de ser una falsa alarma. La nave marchaba viento en popa, bien avituallada por su capitán, don Saturnino Suárez, y expertamente arrumbada por don Arturo, el segundo de a bordo. A mediados de noviembre, el señor Suárez marchó a Barcelona a hacer unos pedidos importantes para la temporada de primavera. A los quince días regresó, y cuando se vio rodeado de sus fieles subordinados pronunció, con énfasis, las añoradas palabras: — Amigos míos, eso de la crisis es un camelo. Y cada cual redobló su actividad pensando que no había nada que temer en lo sucesivo; que don Saturnino venía de Barcelona y tenía sobrados motivos para saberlo todo a ciencia cierta. Y la máquina continuó funcionando sin un fallo, don Arturo persuadiendo a la clientela a la vista de todos, Martín desde el probador y los dos hermanos altos y rubios entreverando su actividad mercantil con los pronósticos futbolísticos para la jornada inmediata. A Sebastián no le hacía gracia constatar que la atmósfera un poco tirante y respetuosa, por lo que a él se refería, de los Almacenes iba trocándose, con el correr del tiempo, en un clima chocarrero y de confianza, en el que él llevaba la peor parte. Siempre le había sucedido lo mismo. En cualquier agregación humana que cayese se desarrollaba análogo proceso. Primero un irónico actuar a sus espaldas que se delataba en tenues y espaciados cuchicheos, una carcajada contenida o un simbólico tocar madera en su presencia que tenía más bien una raíz de concesión a la galería, sensacional y espectacular, que íntimamente supersticioso. Los que esto hacían creían conseguir de esta manera una gracia fácil. Esta primera etapa la soportaba bien Sebastián. Le dolía ser centro de un callado espionaje, de una minuciosa y constante observación. Pero temía más por el futuro que por el presente. Él sabía que con el correr del tiempo llegaría, ineluctablemente, la segunda etapa, en la cual este proceder velado se destaparía en una clara ofensiva. No desconocía Sebastián que los hombres necesitan siempre de un hazmerreír para eclipsarse a sí mismos la propia ruindad de sus barros. Sebastián, por ello, se libraba de entablar confianzas, de dar pie a sus compañeros para bromas excesivas. Mas el roce constante, el trato de todos los días acababa por formar un ambiente propicio para bromear y hacer chacota de su mezquindad física. Así, al mes de su ingreso en la casa, nadie reparaba en que tras aquella imagen pequeña y retorcida se ocultaba un alma que sufría y que conservaba eternamente sangrantes las huellas de los impactos. Sebastián soportaba las pullas con una frágil sonrisa y de sus amarguras internas sólo él tenía conciencia. A sus compañeros les parecía que aquel manajo inarmónico de músculos y huesos no tenía razón de sufrir. Su compañero, el otro mozo de los Almacenes, era quien más se distinguía en aquel burdo e inhumano juego. En cualquier claro de la febril actividad del establecimiento se creía obligado a sacar a colación a Sebastián para recreo de la dependencia. Sebastián hablaba con él en tono respetuoso, a veces suplicante, aguardando ingenuamente que aquel jovencuelo le correspondiese. Pero Emeterio, su compañero, no tenía tiempo para fijarse en estas esperanzas del otro. Había optimismo en los Almacenes y esto era lo fundamental, cayera quien cayese. — Para hablar conmigo póngase usted de pie — decía, con frecuencia, adoptando una grotesca actitud de superioridad, a Sebastián. Y Sebastián se retorció por dentro, maldiciendo de su estatura. O bien, remedando un concurso que celebraba en aquellos días un importante diario madrileño, afirmaba a voz en grito: — Era tan pequeño, tan pequeño, que la cabeza le olía a pies. Sebastián inventaba un quehacer para hacerse el desentendido. Pero las carcajadas retumbaban en todas partes y él se veía obligado a responder a la burla con una fría sonrisa de conformidad; se veía forzado a aplaudir su propio desgarramiento. De aquí que Sebastián deseaba que la actividad del establecimiento no languideciese a ninguna hora del día. Palidecía, encaramado en la escalera, al ver que el flujo de clientes remitía y poco a poco la tienda iba vaciándose. Allá arriba, tieso en un palo, como un canario, Sebastián comenzaba a temblar esperando el sarcasmo. Y Emeterio, que se mantenía al quite para

hacer gala de su ingenio, voceaba, al abandonar el local el único comprador, elevando los ojos a lo alto de la escalera y sin sacar el dedo de uno de los agujeros de la nariz: —Caramba, Sebastián, hoy estás más alto. Sebastián rumiaba luego a solas todos estos improperios. Se enfiangaba, sin percatarse, en un oscuro masoquismo. Casi hallaba una voluptuosidad enervante en la digestión solitaria de las chocarrerías de Emeterio. Así iban discurriendo las semanas en los Almacenes. El estado de ánimo de Sebastián oscilaba como un péndulo. Ni él mismo hubiera acertado a definirse. Una tarde, cuando comenzaba a decrecer la riada humana, don Saturnino le envió a la trastienda a buscar una caja de mantillas. Jamás había entrado Sebastián en aquella estancia; por eso, al introducirse en ella por primera vez, percibió una impresión rara, como si violara un recinto clausurado para el mundo muchos años atrás. (Las estanterías se alzaban desde el suelo al techo, cuajadas de cajas, de baúles y de trastos inservibles y viejos. Todo cooperaba a forjar una idea rígida de paralización y entumecimiento. Apenas había luz. La tarde, plomiza e invernal, se filtraba cobardemente por dos ventanucos de ordenanza rayanos al techo.) Al cerrar la puerta aspiró un aroma extraño, mezcla de polvo antiguo y de puntillas amarillentas por el decurso de los años. Sebastián miró hacia los rincones antes de aventurarse. Entonces le llamó la atención un maniquí femenino, tirado en un rincón, desnudo y desamparado como una mujer pública. A Sebastián le conmovió su desamparo; y quizá más que su desamparo, la rotundidad explosiva de sus curvas, turgentes y apretada. Aquella tarde, al llegar a casa, encontró allí a doña Claudia con Aurora. Sus visitas menudeaban desde el día que la Aurora le confiase su decepción sentimental. Su madre y doña Claudia aparentaban haber hecho buenas migas; charlaban de muchas cosas y reían como dos locas de cualquier cominería. Sebastián no se explicaba aquella amistad. Doña Claudia era rica y Aurelia no tenía una peseta; doña Claudia bullía y Aurelia vivía encajonada en su mugriento agujero, dada al vino y al mal humor. Pero, sin embargo, la amistad existía y se manifestaba claramente en aquellas conversaciones interminables alrededor de la camilla, sazonadas de ruidosas carcajadas. Cuando Sebastián llegaba era corriente organizar una partida de tute de compañeros en la que Sebastián y la Aurora jugaban juntos. Las señas tradicionales apenas si bastaban para que la Aurora le transmitiese sus posibilidades de baza. Casi siempre las refrendaba con golpecitos por debajo de la mesa, incrustándole a Sebastián una rodilla en el muslo o de otro modo semejante que aturdió al muchacho. Otras veces salían juntos a la calle. A Sebastián le avergonzaba que en el barrio lo viesan acompañando a la Aurora. No era su fama de fresca lo que le turbaba, sino el hecho de que creyesen que él presumía de conquistador. Aquella tarde la Aurora le esperaba con impaciencia para ir al cine. Echaban una buena película en el teatro del barrio. Sebastián se quedó perplejo al comunicarle su madre que le había sacado las localidades. (Notaba Sebastián que a su madre le halagaba aquella amistad, que por conservarla sería muy capaz de hacer sacrificios que por cualquier otro motivo no hubiera aceptado nunca.) Salieron a la calle. La noche estaba fría y las luces del barrio brillaban con la mitad de su potencia habitual, debido a las restricciones. Los novios caminaban más juntos que de ordinario; tanto que a Sebastián se le ocurrió pensar si no serían los novios de su barrio los que chupaban el agua de los pantanos. En la taquilla se arremolinaban los golfillos pidiendo una perra para completar el importe de una entrada. Siempre a aquellos muchachos desharrapados les faltaban diez céntimos para tener derecho a forzar la frontera del teatrillo. —Ande, señorito, que hoy es apta para menores. Y los señoritos les daban la perra gorda y, perra a perra, los golfillos iban sumando para la localidad y para un real de cacahuets. Aurora y Sebastián entraron en el teatro. Sebastián se sonrojó al cruzarse en el vestíbulo con Hugo, el moreno dependiente de los Almacenes, que daba el brazo a una mujer de edad y muy pintarrajeada. Penetraron en la sala. El aparato, chillón y agudo, llenaba los ámbitos del local. Proyectaban el No-Do y la chiquillería se impacientaba con aquel extracto de cultura superficial. Sebastián se acordó del maniquí de los Almacenes al ver que el acomodador les iluminaba, para que se sentasen, dos butacas de la anteúltima fila. Experimentó una instintiva repulsa, pero se sentó junto a la Aurora sin decir nada. Poco después comenzó la película y la chiquillería aplaudió frenéticamente para soltar los nervios. En derredor, la película interesaba tan poco como el No-Do. Todo eran parejas que se arrullaban en la penumbra. Y a veces sonaba una bofetada y una mujer ahuecaba el ala taconeando ruidosamente. Transcurridos unos segundos, un hombre salía detrás de ella, abrazado a los abrigos, al paraguas y a la cartera de la mujer. La película prometía ser interesante. Sebastián apenas había ido al cine y miraba la pantalla sin pestañear. Aquel pobre padre incomprendido le recordaba mucho al suyo y aquella mujer tan poco complaciente podría ser muy bien una caricatura de Aurelia. Sí, era interesante. Inopinadamente le rozó, como un susurro, la cálida voz de la Aurora: —Me gustan estas películas que reflejan la vida. Sebastián pensó que no era precisamente la vida de Aurora lo que reflejaba el film, pero le respondió que también a él le gustaban mucho. Las voces de los intérpretes tenían un matiz campanudo de ultratumba. Entre frase y frase se oía en la sala el crujir de cientos de cacahuets, castañas y gigantes mondándose al mismo tiempo. Y si por azar se cortaba un momento la película, un pataleo trepidante y estruendoso sobrecogía a los más pacientes. Otras veces se hacía un gran silencio, mientras los actores seguían moviendo convencionalmente los labios, y entonces un rugido

atronador aleteaba por el local: — ¡¡¡Que es sonoro!!! E inmediatamente las imágenes, como convencidas de que estaban defraudando al respetable, reanudaban sus cavernosas voces hinchadas y retumbantes. A la media hora la película comenzó a decaer, a juicio de Sebastián. En ese instante advirtió que la Aurora miraba su perfil sin pestañear a través de los gruesos cristales de las gafas. — ¿No te diviertes? — le dijo ella. — Es menos interesante ahora. — Tienes razón. Si hubiesen hablado así cuatro filas más adelante, un siseo múltiple se hubiese abalanzado sobre ellos cortando en flor su conversación. Pero allí detrás no parecían estorbar a nadie. — Es que también la vida va haciéndose menos interesante a medida que se vive, ¿no crees, Sebastián? Aurora le hablaba muy cerca, tan cerca que casi notaba temblar sus labios en la mejilla. Sebastián había ido olvidando paulatinamente la fealdad de Aurora. Día a día reconocía nuevas virtudes en su alma e ignotos alicientes en su fachsosa presencia física. Con todo, lo que más le conmovía era su sinceridad con él, aquel destapar el alma sin prejuicios ni recelos. Se había enamorado de muchos hombres, había flirteado mucho, era muy cierto, pero a la hora de la verdad le buscaba a él, un ser despreciable para todo el mundo, para decirle que la vida tenía destellos de bisutería, que era una joya falsa. — Yo creo que la vida no es interesante nunca, la verdad — respondió él, al cabo de una pausa. — ¡Oh, tampoco es eso! No seas tan categórico. De nuevo acariciaba la mano de la Aurora sus dedos deformados. — ¿Cuándo puede serlo? — dijo Sebastián, con voz temblorosa. — Cuando se encuentra comprensión y fe. Notaba Sebastián recorrerle el cuerpo como un líquido muy cálido y fluido, como si todo lo que encerrase bajo su piel se derritiese de repente. Habían enlazado sus manos y entonces Sebastián comprendió que sólo así podría recorrer la vida con un poquito más de seguridad y confianza en sí mismo. Le bailaban en la lengua muchas palabras de amor, tiernas alusiones a la bondad y blandura de corazón de su compañera; pero aquellos ojazos de Aurora, agrandados por los vidrios de las gafas, le detenían la palabra al posarse fijos en él. Ya no oía la voz cascada de los intérpretes, ni la crepitación de las reseca cáscaras de los cacahuets, ni recordaba las chanzas de Emeterio y Hugo en los Almacenes. Disfrutaba, por primera vez, de un mundo acotado e invulnerable, un mundo tierno y sencillo construido para él solo. — La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos. Aurora se acercaba y se acercaba al susurrarle al oído frases bonitas. Aquella criatura parecía desglosada, absolutamente desasida, de la prosa pimentonera de su padre, el señor Sixto, y de los alardes vanidosos de doña Claudia. Justo en el momento más emocionante del film, el teatrillo se inundó de luz y se hizo el descanso. Las parejas se separaron de un salto y Aurora se replegó en el brazo opuesto de la butaca. Tenía las mejillas arboladas y parecía nerviosa. Sebastián divisó a Hugo unas butacas más allá y se sintió cohibido cuando éste le sonrió maliciosamente y le guiñó un ojo. Los hombres salían al vestíbulo a fumar, mientras los chiquillos armaban un vocerío desapacible desde las filas baratas. El hechizo de Sebastián se había roto y al reanudarse la función no logró concentrarse en sí mismo, temeroso de que Hugo le espiese desde su asiento para hacer chufas a su costa al día siguiente. Todo concluyó, pues, en la bella frase de Aurora de que «La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos». En los días que siguieron se multiplicaron las cuchufletas sobre Sebastián y su habilidad de conquistador. Hugo había pronunciado el grito de alarma en los Almacenes. Al pobre Sebastián le mortificaba escuchar, interpretado por todas las lenguas, el éxtasis de su intimidad. No obstante, cuando salía con la Aurora olvidaba estos sinsabores y se decía que constituían los satélites inevitables de toda gran pasión. Doña Claudia y Aurora continuaban visitándoles y en la polvorienta habitación de la camilla se repetían las animadas partidas de tute o las interminables conversaciones sobre el ornato de la casa, las prendas de vestir o los medios de locomoción de doña Claudia. Así se echó encima la Navidad. La tarde de Nochebuena cerraron antes el almacén. Todos marcharon presurosos, con su paga extraordinaria en el bolsillo y el corazón henchido, después de recibir del propio señor Suárez sus inmejorables deseos de que pasasen unas felices Pascuas. Sebastián corrió a casa de la Aurora en cuanto se vio libre. Se habían citado en el portal para salir juntos. Y Sebastián no acertaba a explicarse por qué aquellos encuentros iban haciéndosele imprescindibles como el pan de cada día. El señor Sixto no había cerrado aún la tienda. Los clientes rezagados acudían a comprar el vino, los mazapanes y el turrón. Detrás de la balanza el señor Sixto, orondo y saludable, escatimaba unos gramos en cada venta. (Los beneficios suplementarios de aquel día alcanzarían para comer pavo y turrón durante las dos semanas que aún faltaban hasta Reyes.) Se mostraba contento. El balance de aquel año remontaba las cifras más fantásticas y satisfactorias. «No creo — se decía — que haya muchas sociedades de envergadura que cierren con un margen mayor de beneficios.» Y el insensato olvidaba que su bolsa se henchía a costa de los glóbulos rojos del barrio. Sebastián paseó ante la casa de Aurora repetidas veces. Enfrente se alzaba, sucia y desconchada, su propia casa. En el cuarto de Orenca había luz. Escapaba por el redondo agujero de la contravidriera, por el que un día tuviese salida el cañón de una estufa. Sebastián se aproximó y, agarrándose a los barrotes de la ventana, flexionó sus cortos brazos y miró a través del boquete. La Orenca se hallaba sola, mustia e indiferente, hurgando en su mesilla de noche. A Sebastián se le oprimió el corazón, notó su peso en el pecho como si, de pronto, se le hubiese hecho más denso y compacto.

Mientras los demás niños del barrio bailaban y entonaban villancicos alrededor de un ingenuo Nacimiento, la Orenca se consumía en su soledad apática y laxa, como una vieja sin ilusiones. Aurora ya salía de su casa. Estrenaba un bonito abrigo de pieles que cohibió a Sebastián. —Andando —le dijo, sonriente. Y Sebastián comenzó a andar a su lado, atemperado por el fuerte perfume que emanaba el cuerpo de Aurora. —Callejaremos un rato, si no te importa. A mí me gusta entrar en ambiente para estar en forma al celebrar la Nochebuena. Le sedujo el plan a Sebastián. La niebla se apretaba contra los transeúntes como los novios en el cine del barrio. Hacía frío, pero la ausencia de viento lo hacía menos sensible. La gente abundaba en todas partes. Vagaba en diversas direcciones, con cestos y capachos pendientes del brazo. Los niños miraban los escaparates con ojos ilusionados y a Sebastián se le antojaba que todos, los niños y los grandes, estaban elaborados aquella noche de turrón y colorines. Tenía otro aspecto la gente, como si de súbito se hubiera dado cuenta de que todos formaban parte de un mismo rebaño y que cada cual precisaba del calor del prójimo para subsistir. Sebastián andaba deprisa al lado de la Aurora, hablando, como se imponía, de temas accesorios. De vez en cuando reían y sus risas parecían también, como los niños y los grandes, de turrón y colorines. Sebastián se confesaba que desde niño no había entrado en unas Navidades tan íntegro y optimista como en éstas. El corazón volteaba dentro del pecho con un júbilo inusual y le agradaba que los niños tropezasen con él al hacer cabriolas y tonterías. Tan sólo conservaba un resentimiento oscuro y turbio allá en el fondo de su alma: la memoria de aquel maniquí abandonado en la sucia trastienda de los Almacenes. Su recuerdo se le imponía de vez en cuando y lamentaba que una mujer tan atractiva hubiese de pasar la Nochebuena arrinconada y yerta como un perro vagabundo. Los escaparates sonreían con sus luces despiertas, olvidándose un día de las duras restricciones. Entraban ya en el centro y el deambular de la multitud dificultaba el paso. Aurora se detuvo ante un gran escaparate. Se apiñaban allí las cestas de Navidad, rebosantes de embutidos, turrones y botellas, llenas y opulentas, adornadas con lazos de distintos colores, con blancas peladillas y con brillantes serpentinas de escarcha artificial. —Yo preferiría una cesta de éstas a un regalo en metálico. A Sebastián le hubiese agradado que Aurora dijese dinero en vez de metálico; pero su interna alegría no le permitió recapacitar en esta desilusión. Después de todo, metálico y dinero eran dos conceptos equivalentes. —Yo, francamente, elegiría el dinero. Sebastián hablaba con el corazón. Tal vez después de verse embutido en un abrigo decoroso y libre de los lamperones de su traje, hubiese antepuesto la cesta al dinero; pero mientras su decoro y dignidad no estuviesen a salvo, era indiscutible que prefería las pesetas. —No me seas materialista, Sebastián. Él sonrió quedamente: —No es materialismo; es necesidad, Aurora. —Me disgusta que hables de eso esta noche. —Es un tema importante todas las noches, ¿sabes? Sebastián había meditado seriamente sobre este punto. Admitía que estaba enamorado de la Aurora, o al menos que se sentía atraído hacia ella por un tierno, indefinible impulso. Pero, salvando las distancias físicas, aún quedaba aquel abismo económico que situaba a cada uno en una vertiente. Nada importaban los rumores de los chismosos, ni el método seguido por el señor Sixto para amasar su fortuna. La realidad era que la Aurora era rica y él pobre, y el amor sólo parece limpio y saneado cuando surge de una equivalencia económica de las dos partes. Era este obstáculo, sobre todos los demás, el que contenía la lengua de Sebastián. —A mí, en cambio, me parece que el dinero no tiene demasiada trascendencia. —Porque te sobra, Aurora. Prosiguieron su paseo. Oleadas de gente se precipitaban en todas direcciones y, de vez en cuando, la copla tartajeante de un borracho ponía un lunar en el suave e íntimo júbilo de la ciudad. —Viviendo mi padre era distinto; él tenía su buena carrera y ganaba lo suficiente. —Pero ocurre una cosa, Sebastián. Hay veces que juntándose un pobre y un rico pueden salir dos ricos. Otras salen dos pobres, pero eso no es lo corriente. Miraba Sebastián el perfil de Aurora, tratando de ayudarse con los ojos en la interpretación de sus palabras. Al fin se dibujó en su rostro una expresión obtusa y confesó: —Apenas si te entiendo. Ella se detuvo: —Quiero decir que no hay problema cuando uno es lo suficientemente rico para dos. Sebastián creyó entrever la luz. —Pero es poco digno para el protegido. —Si trabaja y aporta lo suyo no es nada denigrante. Resultaba evidente que la Aurora trataba de allanar obstáculos, de facilitar de una vez la solución al problema planteado. Ahora le miraba con los ojos saltones, que si no escapaban de las cuencas era sólo, al parecer, debido a la contención que procuraban los gruesos cristales de las gafas. Pasearon por varias calles y, al aproximarse las nueve, tomaron el camino de su barrio. Iban muy juntos, mirándose a los ojos y sin hablar. Sebastián, más canijo que su pareja, alzaba los ojos hasta ella, embebecido. De vez en cuando bajaba los ojos y observaba en derredor, medroso de que cualquier dependiente del almacén, o algún conocido del barrio, pudiera gastarle alguna cuchufleta de mal gusto. A ratos, indagando en la expresión de Aurora, descubría una curva burlona, casi imperceptible, en los labios o un atisbo de fatiga y aburrimiento en los ojos. «Si será todo una broma», recelaba Sebastián. Pero, al momento, volvía a surgir en la faz de su acompañante un brillo indefinible de complacencia, y Sebastián se tranquilizaba. Se oían los villancicos de la «radio» desde diversos balcones cerrados y, en la calle, apenas transitaba ya gente. Apremiaron el paso. En el portal de ella se detuvieron. Impensadamente Sebastián advirtió que Aurora se había desprendido de los guantes y su piel

cálida vivificaba la sangre aterida de sus manos. —No sé por qué esta Nochebuena tengo ganas de llorar. Noto... ;no sé! Sebastián volvía a ser arrastrado por un empuje compasivo incontenible: —Eso les sucede sólo a los que son buenos. — ¿Crees tú que es un privilegio? Tenían las caras muy juntas y por la calle oscura, fría, no deambulaba nadie. Desde las tabernas del barrio se levantaban gruesas voces de borracho desafinando hermosas canciones. El aliento de ella, tan próximo, le llenó de una excitada embriaguez. —Creo en ti, Aurora —musitó, entrecortadamente—. Nada me importa todo lo demás. Se empinaba sobre las puntas de los pies para que ella le oyera más cerca. Escuchó la tremenda confesión de Aurora: —Sebastián, estoy pensando que me eres imprescindible. Te amo con toda mi alma. Sebastián, si hubiera podido elegir, hubiese elegido un «te quiero» en lugar de aquel opaco y sofocado «te amo», pero el momento no era como para reparar en vacuas sandeces. Sintió una oleada rápida y tibia que le ascendía desde los pies a la garganta. —Eres mi vida, Aurora; eres toda mi vida, ¿sabes? — ¿No es cierto que no volveremos a pasar una sola Nochebuena separados? —Si tú lo quieres... — ¿No ves, tonto, que me muero por que así sea? Le apretujaba, nerviosa, los dedos hinchados en los nudillos, amaratados de frío. Sebastián recostaba la frente en el hombro de ella y temía que su corazón sufriese un colapso. Permaneció así unos minutos. Después oyó la dulce voz de la Aurora: —Hace cientos de años aconteció un hecho maravilloso en un portal, tal día como hoy. ¿No te parece significativo que hoy haya ocurrido esto, precisamente en un portal también? Todo le parecía prodigioso a Sebastián, incluso la irreverente comparación de la Aurora; todo aparentaba ser de dulce, como las Navidades. — Parece un milagro, Aurora, de verdad... De repente las manos de ella se escurrieron. Habló con voz sofocada: — Tengo que subirme; es ya muy tarde, Sebastián. —Bueno, querida; hasta mañana. —Adiós. Se volvía a cada paso que daba para sonreírle. Luego, a cada escalón que subía; cuando desapareció de su vista, Sebastián hubo de hacer un gran esfuerzo para cerciorarse del lugar que ocupaba. Después, cruzó la calzada y entró en su casa. El idolillo abría los ojos al aproximarse él; Sebastián se paró a su lado y le atusó las melenas: — ¿Has visto, amigo mío? Voy a tener más suerte que mi padre. Se le hizo que el monstruito se estremecía bajo su palma. De dos saltos subió la media docena de escaleras que separaban su piso del portal y abrió la puerta silenciosamente con el llavín. Tropezó con Orenca en el pasillo. —He de decirte una cosa, pequeña, ¿sabes? — ¿Qué? —Aurora y yo somos novios. Frunció la boca la niña. Sebastián añadió: — ¿Es que no te alegras? —No. — ¿Por qué, si puedes decirlo? —No me gusta la Aurora. — ¿Qué vas a pedir para mí? ¡Dilo! —Tú, siquiera, eres bueno. —Y ella, ¿es que no lo es? —Nadie es bueno en esa casa. Sebastián se impacientaba. Por primera vez en la vida hubiera abofeteado con gusto a la niña. — ¿Es que sabes algo? — ¿De qué? —De lo que sea. ¿Sabes algo? —Yo no sé nada de nada, Sebastián. —Eso, tú lo has dicho; tú no eres más que una tonta. Sebastián se dirigió a su alcoba, de mal humor, se descalzó pisándose el contrafuerte de los zapatos y se echó sobre la cama. De pasada vio la mesa dispuesta para la Nochebuena. En el fondo, le intranquilizaba la desaprobación de Orenca. Era muy joven, una niña, desde luego, pero tenía un sentido muy despierto para localizar en qué parte le dañaba el zapato. «Bah, tonterías de una mocosa.» Sebastián pretendía, en vano, tranquilizarse. Su espontáneo rencor hacia la niña nacía del difuso temor de que pudiese tener razón. Oyó el penoso arrastrarse de su madre por el pasillo y, de un brinco, se arrojó de la cama y estiró los pliegues de la colcha apresuradamente. Descorrió la cortina de la alcoba y se encontró con Aurelia. —Buenas noches, madre. —Ah, ¿ya estás aquí? Si se cae la casa no te va a coger debajo. —He estado de paseo con la Aurora. Cambió la expresión de su madre. — ¿Y qué? Le envolvió una bocanada de olor a vino y miró con el entrecejo fruncido la cazadora de Aurelia. — ¿Cómo y qué? — ¡Concho, que si te vas decidiendo! Le molestó a Sebastián la expresión de su madre y decidió mentalmente, en un instante, no manifestarle nada. A fin de cuentas, tampoco ella merecía ni hacía nada por merecer su confianza. —Yo soy un desgraciado que no puede querer a nadie. Apareció Orenca con un gran chicharro crujiendo todavía en una fuente desportillada. Se sentaron los tres en torno a la camilla. Sebastián reparó en que su madre vacilaba antes de sentarse. Luego le cruzó la cara con una desafiadora mirada y dijo con retintín: — Mira tu padre. Sebastián no pensó al responder: —No quiero que me ocurra lo mismo. — ¿Qué más podía pedir él, pedazo de memo? —Dio el plato a Aurelia para que le sirviera y determinó zanjar la cuestión. —Ya lo sé. — ¿Entonces? No respondió Sebastián. Inclino su cabeza sobre el plato y devoró calladamente su ración. Su madre apuraba con gran frecuencia los vasos de vino y, entre sorbo y sorbo, hacía discurrir, por los intersticios de sus dientes, fugaces y sonoras corrientes de aire. —Vamos, bebe, Sebastián; hoy es Nochebuena. Alzó la vista y las pupilas turbias, atravesadas de filamentos rojos, de Aurelia le produjeron un ataque de risa. Sin embargo, se dominó: —Yo no quiero beber, y tú no deberías beber más, madre. Pero a Aurelia le excitó su interés protector: —Yo sé hasta dónde debo beber, necio. Y para que veas, brindo por tu Aurora. Y bebió de nuevo. Orenca la observaba asustada, sin decir palabra. Al concluir la cena, Aurelia se levantó de la mesa tambaleándose y se limpió los labios con la bocamanga de la cazadora. —Me voy con la señora Luísa a la misa del gallo. Sebastián se dirigió a ella: —Tú debes acostarte; no debes salir. Le apartó de un empujón: —Tú, botarate, a callar y a honrar padre y madre. Y

empezó a reír y a reír sujetándose la barriga con las dos manos. A continuación se echó su raído abrigo sobre los hombros y dio un gran portazo al marchar. Aún se la oyó reír a carcajadas en el portal, ella sola, antes de salir a la calle. Orenca y Sebastián se fueron a la cama sin despedirse. Sebastián veló largo rato. Cuando comenzaba a sujetar el sueño entre los párpados oyó roncadas voces en la acera, frente a su cuarto. Prestó atención y escuchó la voz de su madre simultaneada con la de la señora Luísa, la del punto. Ambas cantaban, prolongando de una manera desafinada e hiriente el final de las estrofas: Tengo una vaca lechera, no es una vaca cualquiera... Capítulo Quinto.

Transcurrieron dos semanas del nuevo año y Sebastián podía atestiguar que, aparte de haber comenzado a deshojarse ya los nuevos tacos del calendario, este año era igual al otro como dos flanes hechos con un mismo molde. Faltaba un cuarto de hora para las nueve y Sebastián avanzaba lentamente por la larga calle central de su barrio. Se cruzó con un carro de basuras y un lechero a lomos de un borrico que hacía sonar los cántaros con el traqueteo de su trotecillo nervioso. Seguía haciendo frío. La nariz de Sebastián se congelaba al recibir el soplo del vientecillo helado. Con frecuencia había de dar un profundo sorbetón para evitar que la moquita resbalase hasta las solapas del abrigo. Los hombres y los animales iban precedidos de una tenue nubecilla de aliento. Pegadas a los bordillos de las aceras había unas roderas de barro endurecido por la helada, encima de las cuales se hacinaban las mondas de naranja, las cáscaras de cacahuete y los frutos podridos que arrojaban, sin el menor reparo, las vendedoras de los tenderetes. En la cantina de Ernesto andaban de limpieza después de las jornadas bulliciosas de la Navidad. Dos mujerucas restregaban el suelo con zotal, mientras otra iba amontonando las sillas y las mesas en los rincones. Olía intensamente a vino de Rueda en aquel trecho de la calle. Un poco más allá, el señor Pérez se disponía a abrir su droguería, y, casi en la esquina, el señor Santiago se movía entre enormes canastas de fruta seleccionada, derramando bromas y piropos sobre la extensa clientela. Al pasar Sebastián, lo divisó el frutero: —¿Quieres una manzana, Sebastián? —le gritó. Y, sin aguardar su respuesta, le arrojó una fruta colorada y sana por encima de las cabezas que se arracimaban frente a la tienda. Sebastián, azorado, la atrapó en el aire, preguntándose cuándo querría darse cuenta el señor Cerrato de que él había dejado de ser aquel rapaz escuchimizado y buscón que rondaba el establecimiento en espera de las frutas tocadas. «Nada, hasta esto —pensó—. Un día es igual a otro día y un año igual a otro año.» Así abocó a la Plaza del Mercado, donde los gritos aturdían y los olores a frutos jugosos y maduros se hacían especialmente penetrantes. La atravesó y, tomando el camino habitual, arribó a los Almacenes. Emeterio había encendido ya la calefacción. El aire, caldeado a trechos, olía a radiador incandescente. Saludó como de costumbre, entró en el ropero, se despojó del gabán y salió frotándose las manos. A través de la puerta del despacho oyó hablar a don Arturo con el señor Suárez. En torno a un radiador conversaban los dos hermanos rubios con Emeterio y con Hugo. —Hombre, aquí viene el conquistador. Chico, pero ¿puede saberse qué les das? Las negras pupilas de Hugo resplandecían con destellos intensos. Al reírse enseñaba dos hileras de dientes blancos y perfectos resaltando sobre su cutis oscuro. A Sebastián le mortificaba su insistencia, su tono monótonamente irónico y mordaz. En aquellos primeros momentos, Sebastián no sabía qué hacer ni dónde detenerse. Prefería engancharse al extremo de una conversación, donde nadie le advirtiese, y escuchar sin decir nada. Pero, a veces, reparaban en él y su fáchosa presencia pasaba, entonces, a primer plano para regocijo general. Por eso Sebastián hubiera deseado disolverse, desaparecer, cada día, hasta la llegada del primer cliente. Sin embargo, aquella mañana la actividad se inició muy temprano en el almacén. La cuesta de enero no hacía mella en el público. Alguien opinaba que éste era el milagro de las pagas extraordinarias. Las pesetas extraordinarias se multiplicaban como los panes y los peces y la gente comía pavo y turrón y se trajeaba a costa de ellas. Sebastián se escurría entre los dependientes y las telas, se multiplicaba, con Emeterio, por atender presuroso todos los pedidos. Subía, bajaba, andaba, deshacía el camino andado, consciente de que bien irían las cosas económicamente para él mientras lo fuesen para los Almacenes. Don Arturo, Martín, Hugo, Manolo, los dos hermanos altos y rubios se deshacían en sonrisas de amabilidad y embaucaban con hábil destreza a los recelosos. —Como este género no vendrá en mucho tiempo... —¿De verdad? —Es lo último que fabrican mientras no se normalice el suministro de fluido. Hugo despedía a una señora respetable acompañándola hasta la puerta. Apenas salió ésta, Hugo acogió con amabilidad a una gentil pareja. Ambos eran muy jóvenes y, sin saber por qué, Sebastián los observó un momento, como si tuviera un anuncio anticipado de que algo iba a acontecer. Hugo pasó detrás del mostrador y se plantó cara a cara de la jovencita, sonriéndole. —Necesito unos metros de hilo fresa para una mantelería. —Un momento, señorita. ¡Pequeño, el hilo fresa, doble ancho! Sebastián precipitó la pieza encima del mostrador. En ese instante se fijó en la cara de pocos amigos del acompañante de la muchachita. Hugo se bandeaba, como de costumbre, con ostentosa presteza. A su lado, don Arturo desenrollaba una enorme pieza de paño de espiga. Ambos luchaban por el espacio vital del mostrador. El joven había cogido ahora la vara del metro y se golpeaba con ella, un poco irritado, la palma de su mano izquierda. Era alto y fornido, aunque apenas contaría veinte años. Su compañera se mantenía un poco forzada ante la excesiva

familiaridad de Hugo. De buena gana, Sebastián hubiera advertido a éste que se anduviera con cuidado, que la actitud del joven no presagiaba nada favorable. Mas Hugo se desenvolvía con su característica inconsciencia, considerando a aquella jovencita como terreno conquistado. A la joven no le agradaba el género: —El tono es bonito —con sus deditos rosados palpaba la tela concienzudamente—, pero no me parece hilo de verdad. Sonrió Hugo y la miró de frente. Sebastián, desde lo alto de la escalera, no se perdía un detalle de la escena. —Es hilo y muy hilo; parece mentira que con esos ojos no lo vea usted. Efectivamente, los ojos de la joven eran bonitos; mas su acompañante debía de considerarse con la exclusiva de piroppearlos. Saltó como un gato al oír aquello y, sin decir palabra, comenzó a dar golpes con la vara en la cabeza de Hugo hasta que el metro se quebró con un chasquido. Entonces comenzó a injuriarlo: — ¡Maldito, tú a despachar el hilo que se te pide y deja en paz los ojos de mi novia! El escándalo fue más que regular. Hugo saltó a la torera el mostrador y se enfrentó con el joven. La muchacha, aterrada, empujaba a su novio hacia la calle. Las transacciones se suspendieron y dependientes y compradores se quedaron mudos ante el inusitado espectáculo. El novio hacía frente a Hugo con tesón y se zafaba de la coacción de la muchacha: — ¡Déjame, déjame, que a este cochino tenorio voy a escarmentarle de dos mamporros! Y Dios debió de estimar digno tal empeño, porque puso tanta fuerza en sus dos puños, que Hugo salió despedido contra el mostrador, chorreándole sangre por la nariz. Aún intentó el vapuleado Hugo la revancha, pero ya don Arturo había mediado, separando a los contendientes. Los novios se marcharon; ella asustada, él farfullando aún amenazas e insultos. Emeterio atendía a Hugo, dolorido en un rincón, y don Arturo hacía esfuerzos por encauzar todo aquello por las vías normales. Al ruido de la bronca salió don Saturnino de su despacho. Sebastián le vio encararse con Hugo, hinchada la vena de la frente, y, por primera vez desde su ingreso en los Almacenes, contempló al señor Suárez enardecido por un ataque de furia: —Ya le había advertido a usted que no quiero dependientes zalameros ni tenorios baratos en mi establecimiento. Aquí se viene a trabajar, anótelo bien, y el que no quiera trabajar se marcha a su casa y ¡santas pascuas! Sebastián aquilató que este final era una reminiscencia de la reciente Navidad. Pero el momento era demasiado solemne para manifestar en alta voz su observación. Hugo estaba airado y respondió a don Saturnino con modales insolentes: — ¡Qué habla usted sin saber, viejo chocho! Yo he cumplido con mi deber y no tengo la culpa de que entren chiflados en su establecimiento. Se colmó la paciencia del señor Suárez. Don Arturo lamentaba que tan ingrata escena se desarrollara ante un nutrido grupo de clientes. — ¡Usted se marcha ahora mismo a la calle, mequetrefe! Y no vuelva a pisar por esta casa porque saldrá de mala manera. — ¿Ah, sí? Parecía que Hugo trataba de tomarse la revancha con el viejo. —Sí, sí y sí. Le latía con violencia la vena de la frente a don Saturnino al aferrar a Hugo por las solapas. Éste se libró de sus garras de un tirón. Se metió en el ropero y salió enseguida con el abrigo puesto. Al pasar al lado del señor Suárez, le dijo irónico: —Voy a tener mucho gusto en que la Magistratura del Trabajo le pegue a usted en la nariz. Don Saturnino casi le gritó: — ¡Váyase usted a paseo, botarate! Hugo miró a sus compañeros con gesto de superioridad, como si dijese: «Vaya, que con toda vuestra escuela, yo he sido el único capaz de cantarle cuatro cosas al viejo», y avanzó hasta la puerta. Al franquearla se volvió a Anita y le guiñó un ojo: —Adiós, preciosa; hasta muy pronto. Anita sonrió disimuladamente. Sebastián notó que sus piernecitas no bastaban para sostenerle, y se sentó en el borde del butacón. —No, señor; no quiero más tipos apolíneos para dependientes. Voy a ver si así acabo de una vez con esta ralea de conquistadores. Usted, Ferrón, es inteligente y educado; me basta con eso. Me basta con su inteligencia y con su educación. El despacho le daba vueltas a Sebastián. Veía varios contables y varios don Saturninos. Pensó, fugazmente, que su vuelo hacía lo alto era rápido como el de los vencejos, aunque más directo que el de éstos y vertical hacía una meta determinada. Se quedó tan confuso que no supo responder. Don Saturnino le contempló, un poco estupefacto. Desde la mañana Sebastián había observado que su patrono no se parecía ya al pintarrajo de San Ignacio de su alcoba. La irritación endurecía sus rasgos, bastardeando la mística luz de sus ojos. —Bueno, ¿qué me dice a todo esto? Tartamudeó Sebastián: —Que le estoy muy agradecido por todo... por todo... señor Suárez. —Sólo es justicia, amigo Ferrón; usted es pundonoroso y se merece este ascenso. —Algo iba a añadir que se le hacía difícil, y Sebastián adivinó cómo su cerebro se contraía cavilando. Al fin dijo: —Quiero antes hacerle un ruego, ¿verdad? Se refiere a algo que usted comprenderá. No quiero darle ningún motivo de enojo, anótelo bien... Pero sería conveniente... En fin, convendría que usted se hiciese un traje nuevo, y... ¡ejem! ... dejase de morderse las uñas. Es algo... ¿cómo le diría yo?... denigrante... no, vamos, más bien... desagradable; eso es, desagradable tratar al público con unas manos descuidadas. Las manos de un dependiente de comercio son el secreto del éxito, anótelo bien... En este ramo, unas manos son un negocio, no lo olvide. Sebastián se sofocaba. De buena gana se hubiese cortado aquellas extremidades que, de repente, le sobran, que no sabía dónde ocultar. Las colocó bajo los muslos y asintió con la cabeza. —Entonces, de acuerdo. Usted es desde hoy un dependiente de los Almacenes Suárez. Se levantó don Saturnino y le empujó cordialmente hasta la puerta. Nada más salir del despacho, Sebastián se detuvo, pasándose los dedos por los párpados. Había ascendido. En menos de tres



meses se le doblaba el sueldo y la categoría. Se sujetó al picaporte de la puerta y permaneció un rato agarrado a él, sin darse cuenta exacta de la realidad. Sólo reaccionó al percatarse de que tiraban por dentro de la puerta del despacho y casi le arrastraban tras ella. Era don Saturnino. No se enfureció, como temía Sebastián, sino que se conformó con preguntarle de pasada: — ¿Qué le ocurre, Ferrón? —Estoy... estoy confundido... confundido, señor Suárez; eso es todo. De nuevo se atusó Sebastián los párpados cerrados y avanzó hasta el mostrador. Los dos hermanos rubios le miraban. Había poca gente en el establecimiento. Sebastián se vio en el compromiso de tener que anunciar su nuevo cargo. «Si lo hago sonriente, dirán que me jacto de elevarme sobre las cenizas de Hugo —se dijo—. Si me pongo cariacontecido, pensarán que soy un abúlco, que todo me resbala.» «Ellos dirán», pensó, y profirió con gesto inescrutable: —Don Saturnino acaba de nombrarme dependiente de los Almacenes. Los dos hermanos tenían algo de deportivo en sus movimientos. El salto que dieron hacia Sebastián podía confirmarlo. Y también las palmadas que le propinaron en sus breves y dobladas espaldas. — ¡Enhorabuena, chico; esto hay que celebrarlo! Se aproximó Martín frunciendo el bigotito, como si temiese que una sonrisa demasiado distendida pudiese rasgarlo: — ¡Magnífico, hombre; luego lo mojaremos! Todos lo enfocaban por el lado por donde podían sacar algo. Era ésta una época que todo se reflejaba en los estómagos. Las cosas, de cualquier matiz que fuesen, terminaban por desembocar en la comida o en la bebida o en las dos cosas juntas. Sebastián no pudo rehuir las solicitudes: —Gracias, gracias a todos; luego lo festejaremos. Y pensó que le venía bien que la Aurora no saliese aquella tarde para poder cumplir con sus amistades. A la hora del cierre, Sebastián pidió a don Saturnino un anticipo de veinte duros y salió rodeado de sus compañeros. La gente paseaba en grandes grupos por la calle Principal. La ciudad exhalaba a estas horas un confuso rumor vital y Sebastián sonreía a las constantes chirigotas de Emeterio y de los dos hermanos rubios. — Vamos, aquí, ¿os parece? Entraron en un bar minúsculo. Los grandes cafés iban desapareciendo desde la guerra, absorbidos por los bancos y las tiendas de tejidos. Se pagaban grandes sumas por sus traspasos. Y los lugares de esparcimiento se reducían a pequeños apeaderos, con una barra niquelada a lo largo y un par de diminutas mesas enfrente. —Seis chatos —exigió Sebastián con acento dictatorial. Los vasos, cortos y pesados, rodaron, uno tras otro, por la bruñida superficie de mármol. Por primera vez en la vida, Sebastián notaba depender de él otros seres; aunque fuese para tan mermada satisfacción como vaciar un vaso de mal vino. No le agradó a Sebastián la bebida, pero le agradó, en cambio, el excitante calorcillo que suscitó en su estómago. Constataba que la sangre se inflamaba y su humana realidad tomaba una trascendencia desmesurada en el espacio. Sebastián pagó los chatos y salieron. Los dos hermanos chicoleaban con desparpajo a las muchachas, y Martín casi enredaba las narices en sus melenas para murmurarles al oído piropos picantes. Emeterio lo hacía a voz en grito, más para que le admirasen sus compañeros y le aplaudiesen que para que las destinatarias se diesen por aludidas. Se diría que a Emeterio le apremiaba la idea de ocupar el puesto de conquistador ostentoso que Hugo había dejado vacante. Eran distintas técnicas del chicoleo, pero todas igualmente nuevas y desconocidas para Sebastián. Entraron en otro bar y, al abandonarlo, Sebastián apreció que no le importaba caminar por una calle tan concurrida, ni que la gente lo mirase y lo midiese. Después de todo, que uno sea bajo y feo no significa nada si es simpático y generoso. Y tiraba las pesetas en las barras de los bares como quien está habituado al despilfarro. La calle iba llenándose de ecos lejanos para Sebastián. Sus compañeros emanaban una alegría contagiosa y estridente que les imprimía a todos la necesidad de hablar a gritos. Era una locuacidad desenfundada la que les había abierto el vino. Los grupos los miraban al pasar, pero a Sebastián no le importaba. «Soy el eje de esta alegría; si yo me planto, se acabó el optimismo», se decía. Y sentía una vanagloria primeriza y pueril de ser cabeza, razón y motivo de algo, que, poco a poco, iba adquiriendo su importancia. Tras el cuarto vaso, Sebastián imaginó que no le importaría piroppear a una muchacha; y, tras el quinto, que no se achicaría si Emeterio le exigiera palmear a cualquier transeúnte y llamarle, cuando volviera la cabeza, «tío cornudo». Aquellos vocablos chocarreros que tanto daño le hacían normalmente, se le presentaban ahora como ingeniosas combinaciones de sílabas, que encerraban la gracia en sí mismas, prescindiendo de su significado. ¡Oh, qué optimista se sentía Sebastián! Pasaba de un extremo a otro del grupo y se reía a carcajadas cuando Emeterio le decía «chiquitín». Sebastián empezaba a comprender a su madre. El vino no sabía bien, pero ¡cómo cambiaba la fisonomía de las cosas! Y la alegría de seis solamente le había costado cuatro duros. Aún podría gastar otros dieciséis, y entonces el júbilo les haría reventar a todos. Sus compañeros le consideraban, le trataban como a un amigo más, tal vez el más importante, y ya no tenía que esconderse recelando una alusión. ¡Que le aludiesen cuanto les diese la gana! A él le hacían gracia todas las alusiones. Incluso que uno de los hermanos le apretase la ligera chepa y le afirmase «que debía de ser muy hermoso caminar siempre con un cerro a las espaldas». ¿No era gracioso esto? Todo era muy gracioso y alegre esta noche. La calle, llena de gente, a la que otros días temía como a un monstruo, era esta noche campo conquistado; él la hacía exuberante con sus gritos y sus contorsiones. Paulatinamente fue perdiendo Sebastián la noción del tiempo. Entraban y salían en los bares, y los vasos achatados, colmados de dorado

líquido, se le aparecían por todas partes. Una muchacha retaquilla y absurda de formas propinó un sonoro bofetón a Emeterio, y todos se caían de risa, tropezando, indecisos, unos con otros. Martín, de improviso, animó a Sebastián a piropear a una mujer. A Sebastián le sedujo la idea y recordó, como por un milagro, un requiebro que leyera una vez en la envoltura de un caramelo. Significaba una grosera solicitud de un beso. Se reían todos al verle vacilar en la elección de víctima. Sebastián experimentó una satisfacción reconfortante al constatar con cuánta facilidad hacía reír a sus compañeros. Entonces empezó a pintar. Llovía, al fin, y la gente miraba al cielo anubarrado, aguardando que las precipitaciones fuesen más copiosas, suficientes para acabar con la paralización que hacía unas semanas se observaba en la ciudad. Habló Martín, frunciendo el bigotito, y sus palabras sorprendían a Sebastián como si partiesen del fondo de una alcantarilla. —Se ha lucido don Saturnino; mañana van a instalar en el almacén un grupo electrógeno. Estalló una atronadora carcajada. La verdad era que la broma que la Naturaleza le jugaba al señor Suárez era como para estallar de risa. Cuando los pantanos iban a llenarse, don Saturnino se gastaba las pesetas; era el colmo de la inoportunidad. Sebastián recordó a los novios de su barrio y volvió a reír sin comunicar a nadie los motivos de su hilaridad. Las luces daban vueltas sobre Sebastián y éste pensó que se encendían otras nuevas en vista de que la lluvia les visitaba al fin. Sí, no cabía duda. La calle se hallaba más iluminada que de costumbre y además los focos vacilaban y hacían guiños de alegría. La gente seguía paseando, y el murmullo de pies que se arrastran y de conversaciones que se entrecruzan mareaba a Sebastián. — ¡Mira! A ésa. Emeterio le empujaba hacia una mujerona muy pintada y que paseaba del brazo de otras, a cuerpo, como si fuese primavera. Recordó que se había comprometido a piropear a una muchacha y se lanzó hacia ella sin pensarlo más: —Ojalá me convierta en botijo sin pitorro, y tú, muertita de sed, tengas que beber a morro. Sonó una estruendosa bofetada y Sebastián quedó sentado en el bordillo de la acera. Sus amigos le rodearon agarrándose el vientre para no estallar, poseídos de una agitación espasmódica. Emeterio comenzó a recular; Martín le empujó un poco y los dos chocaron, retorcidos de risa, contra la luna de un escaparate, que se quebró con un tintineo trágico. Un grupo de chicas dio un grito y la gente se arremolinó en torno a Sebastián. Éste se reía, babeando, con la barbilla incrustada en el pecho. Se reía maquinalmente, impotente para contener la expansión. Oyó, difusamente, parlotear en derredor. Parecía que la multitud enfurecida censuraba algo, le enojaba que él se riese como un tonto desde el bordillo de la acera y sin hacer ningún mal a nadie. Levantó los ojos y se vio desoladoramente solo, abandonado de los suyos. La sonrisa se fue helando en sus labios, transformándose, imperceptiblemente, en una mueca de congoja. Entonces se oyó el crujir de una cerradura y un hombre se presentó ante él, iracundo, temblando de rabia. —Muy gracioso, ¿verdad? Me has destrozado la luna del escaparate; pero me la vas a pagar, ¿oyes? La broma te va a costar mil duros; pero me alegro, por animal. Sebastián se sintió izado sin su voluntad por los brazos del hombre. Veía muchas bocas sonriendo en torno; muchas, una muchedumbre. Examinó los alrededores y comprobó que sus amigos habían escapado. Activada por el vino, su inteligencia perspicaz le advirtió que éste era el fin de todos los que caen. —Yo no sé si he... —Yo sí lo sé, borracho indecente. Tú me has roto la luna y tú me la vas a pagar. Sebastián no tenía razones para negar que hubiese roto la luna. No podría confirmar ni negar nada de cuanto quisieran atribuirle aquella noche. —Está bien, se la pagaré... ¡Hip! Pero ahora no tengo dinero. —Pasmado, miró a su interlocutor como si se despertase de repente. — ¿Ha dicho usted mil duros? El hombre rehuyó la respuesta, tal vez pensando que entre los numerosos espectadores bien podría existir un perito en lunas. —No lo sé; tú me pones un cristal igual y asunto concluido. — Bueno —se conformó Sebastián, y, al pensar en los mil duros, experimentó una necesidad imperiosa de llorar. Conteniendo las lágrimas murmuró: —Yo soy... —Sí, ya te conozco; con tu caparazón a cuestras eres inconfundible. Volvía la multitud a convertirse en un monstruo para Sebastián. Sus risotadas le despertaron e intuyó que su espíritu se había hecho sensible. Un poco aplacado por el éxito de su gracia, el comerciante añadió: —Tú eres el chico de los Almacenes Suárez. Bueno, a mí eso no me importa. Aunque te estés un año sin ver un céntimo te aseguro que no voy a derramar ni una lágrima por ello. Sentía Sebastián como una piedra en la garganta que subía y bajaba, ablandándole extrañamente los ojos. Al verse libre se escabulló entre la gente y enfiló una bocacalle transversal. Apenas había entrado en ella cuando vio surgir a Martín a su lado: — ¿Qué ha pasado, Sebastián? Le tomaba compasivamente por los hombros. —Nada, he roto una luna. Por favor, que no se entere de todo esto don Saturnino. Le apretaba los hombros Martín paternalmente, y los ojos de Sebastián se ablandaban aún más al percibir la espontánea solidaridad del compañero: —No pases cuidado; no diremos nada. — ¿Y los otros? —No sé; se han quedado por ahí. — ¿No te importa dejarme solo? Vamos a dar la juerga por terminada, si os parece. Sebastián anhelaba verse a solas para descongestionarse. Cuando advirtió que Martín se alejaba plegando, de vez en cuando, su bigotito, penetró en un callejón oscuro y comenzó a llorar acongojadamente, recostado contra una pared. Se encontraba mal de cuerpo y muy abatido. Le corroía una depresión conturbadora, movida por la conciencia plena de su abandono. Y el llanto le desahogaba. De pronto le asaltó una ronca arcada y vomitó profusamente sobre un brazo. Sintió un sabor ácido y

pastoso recorrerle la lengua hasta el estómago. Lloraba al mismo tiempo y dudó si aquel sabor no sería el de las lágrimas. Luego, un poco más repuesto, aunque con la cabeza torpe, tomó el camino de su casa. Según andaba, Sebastián sopesaba sus posibilidades de consuelo, añoraba la presencia de alguien con quien desahogarse, en quien confiar las causas de su infortunio. Y pensó en la Aurora. Al hacerlo sintió una inconcreta y vacilante impresión de malestar, porque la Aurora no era ya la misma del día de Nochebuena, ni la que se le franquease con tanta espontaneidad el primer día, junto al fogón de la cocina de su casa. La Aurora se había tornado difícil y desigual. Había días que Sebastián casi no llegaba a comprenderla. Fluctuaba en su manera de ser, en su modo de comportarse, como si en estas alteraciones de carácter encontrase su razón de subsistir. Muchas veces su simpatía era violenta, entrecortada, como si estuviese pensando en otra cosa y repentinamente advirtiese la insignificante vecindad de Sebastián. En esos casos hablaba poco y prefería distraerse en el cine, admitiendo la cooperación de una fuerza extraña para mantener viva su pasión. Ya en el cine, la mano de Sebastián adelantaba tímidamente en la penumbra hasta topar con la de ella. Tímidamente iniciaba la caricia; iba animándose ante la impasibilidad de la mujer, mas, de súbito, Aurora murmuraba enérgica, retirando la mano: —Estáte quieto; me das mucho calor, Sebastián. Él se retrepaba en su butaca como un conejito perseguido en su madriguera, casi sin atreverse a respirar. La Aurora, entonces, arrepentida de su brusquedad, trataba de restar rotundidad a su respuesta: —Tengo un calor hoy como no puedes imaginar. No sé lo que me pasa... Y soplaba sus manos como para confirmar sus palabras. Pero Sebastián ya sabía que esta frase era producto de la reflexión, debidamente pesada y medida antes de emitirla. La Aurora no gustaba tampoco de recorrer, como antes, las calles céntricas sin una finalidad determinada. Prefería transitar por calles apartadas, apagadas y desiertas. A días, la conversación era difícil. No llegaba, y los novios caminaban en silencio, a lo largo de una roja tapia de ladrillo que circundaba un colegio de monjas. De cuando en cuando surgía una pregunta ocasional, una respuesta concisa, y vuelta al silencio. A Sebastián, esto, no le desagradaba. Por naturaleza hablaba poco y por instinto rehuía la luz y las aglomeraciones. Le disgustaba mantenerse por un tiempo más o menos largo expuesto al análisis del público. De aquí que hallase una saludable paz en estos paseos a lo largo de la roja tapia, envueltos en la penumbra y rozándose, de vez en cuando, intencionadamente, la mano con la mano. Con frecuencia, Aurora se presentaba ante él pletórica y radiante, tan enardecida y apasionada como la tarde de Nochebuena. Entonces forjaban sus mejores y más dulces planes para el porvenir. Aurora quería casarse enseguida, y él hallaba un placer regodeante en fingir que frenaba sus locos anhelos. Era delicioso hundirse juntos en aquella confianza acotada de intimidad. Sebastián aprovechaba estos raptos para inquirir de ella por qué no era siempre así. —Es mi temperamento, Sebastián. Son cosas de nosotras las mujeres, que tú no entenderías. Pero debe bastarte saber que estando así o así te quiero mucho. El oír esto era como si un reguero de luz de sol le rehogase las vísceras, caldeándolas. Evocaba ahora Sebastián, mientras deambulaba a trompicones por las calles brillantes de humedad, con la cabeza nublada por los vapores del vino, el extraño suceso de la tarde anterior. Aún no había penetrado en su entraña, ni deslindado sus motivos ni sus alcances. Pero lo recordaba con minuciosidad, abarcando hasta los detalles más insignificantes y anodinos. Salieron de paseo como otras tardes y, al entrar en la Plaza del Mercado, la Aurora echó a correr, inopinadamente, dejándole patidifuso. —Aguarda un momento —le gritó al iniciar la fuga. Y Sebastián, obediente, quedóse parado en medio de la Plaza. La Aurora corría como una loca, haciendo aspavientos y muecas a un ser invisible para Sebastián. Un minuto más tarde, éste divisó a un joven con terno marrón y bufanda amarilla, detenido a la puerta de un bar. Hacia él se dirigía la Aurora, sin duda, aspirando el aliento. Sebastián no podía oírles debido a la distancia, mas aquel juego mímico de Aurora, exhortador y persuasivo, se le hacía infáblemente grotesco. El joven de la bufanda amarilla no parecía tomar muy en serio el manoteo creciente de la Aurora; sonreía con media boca, mientras con la otra media mordisqueaba un palillo de dientes. Al final se llevó un dedo a la sien y dio media vuelta con ademán de ajustar un tornillo, terminando por encogerse de hombros dos veces seguidas. Mientras esperaba a la Aurora, una mujeruca con un capacho en la mano se le acercó a Sebastián por la espalda: —Hay pan blanco, joven. ¿Quiere pan blanco? Sebastián se sofocó, como siempre que se dirigían a él. Al volver la cabeza vio un enjambre de mujerucas como aquella que vendían pan blanco. Su profusión era inevitable. De vez en cuando la policía les daba cuatro carreras y desaparecían por una corta temporada. Pero, al cabo de ella, tornaban a florecer con la espontaneidad de los hongos en el bosque. Lo peor para Sebastián es que nunca se atrevía a decir que no de primera intención. —¿A cómo? —preguntó por preguntar algo. —A ocho, joven. —Oh, no; es muy caro. —Se lo dejo en siete. —No, de todas maneras no. —Entonces, ¿para qué me haces hablar tanto? Se alejó, furiosa, la mujeruca. Los ojos de Sebastián se posaron de nuevo en la puerta del bar. Aún le dio tiempo de ver cómo se introducía por ella un traje marrón rabioso y detrás, desamparada, permanecía un rato la Aurora. Poco después dio media vuelta y regresó a su lado trémula y llorosa. No le quiso dar explicaciones. A Sebastián le desagradó esta falta de confianza, pero no insistió más que una vez. —Son cosas mías, son cosas mías... La noche se

echó a perder con este contratiempo. Aurora discurre a su lado, apagada y pensativa, y cuando él le dirigió la palabra le contestó en forma intemperante. Al subir a casa le anunció que no viniese a buscarla al día siguiente, porque no podría salir. Sebastián se detuvo y se pasó la mano por la húmeda frente como si quisiera, con este ademán, borrar el penoso recuerdo de la tarde anterior. A poco, reanudó el camino. Había cesado de lloviznar y Sebastián se encogía en su raquítico abrigo al notar el vaho húmedo de las calles. La calzada rebrillaba por delante de sus ojos con un brillo intenso. En la esquina de su calle se topó de bruces con Aurelia. — ¿Y la Aurora? Su madre no pensaba más que en la Aurora. El día que, por fin, le comunicó su noviazgo creyó que se volvía loca. A Sebastián le costaba creer que fuese su presunta felicidad lo que le ocasionaba este júbilo; ni tampoco, desde luego, la presunta felicidad de la Aurora. Pero Sebastián estaba habituado a ignorar los móviles de las reacciones de su madre y no sintió curiosidad por conocerlos ahora. — Ha tenido que hacer y no ha salido. Reparó Sebastián en la indumentaria de Aurelia y le cortó su nueva pregunta con una audacia inusitada en él: — ¿Cómo sales a la calle con esta traza? Esa horrible cazadora está para tirarla. — Cállate; voy en un momento a casa de Ernesto a por una botellita de vino. Pero, dime, ¿qué te ha pasado con la Aurora? ¿Habéis regañado? — La Aurora está bien; pero tengo que decirte una cosa, madre. ¿Sabes? Me han ascendido a dependiente en el almacén esta tarde. Ahora cobraré alrededor de las setecientas pesetas con arreglo a las nuevas bases. La codicia asomó a las pupilas de Aurelia. Aquel dineral imprevisible iluminaba sus ojos con un fulgor extraño. — ¿Setecientas, eh? No está mal el pellizco. Colocó debajo de la axila la botella vacía que portaba y se frotó las manos. — Dime, ¿y cómo ha sido eso? — Echaron a uno esta mañana; pero eso no importa. ¿Sabes otra cosa? Hemos estado celebrando mi ascenso y he roto la luna de un escaparate. Tengo que pagarla. Sebastián consideró que hubiera sido maravilloso captar el cambio de expresión de Aurelia con una cámara lenta. La transición fue breve, pero radical: — ¿Cómo eres tan animal, pedazo de burro? ¿Tú crees que eso no vale dinero? Lloriqueaba teatralmente y alzaba la voz para que la oyesen los transeúntes. Aurelia era una entusiasta partidaria de los escándalos callejeros. Sebastián tomó a su madre por la muñeca: — Por favor, no armes barullo; esto, al lado del ascenso, no significa nada, ¿sabes? Con dos mesadas lo pagaremos y se acabó. Lo importante es tener un sueldo aceptable para toda la vida. Por primera vez Sebastián rindió a Aurelia, consiguió que el escándalo no fuese más adelante, ya que ésta se contentó con hacer pasar un hilo de aire por entre dos dientes y lloriquear: — Eres un bruto, hijo, eres un bruto. Sebastián se compadeció de sí mismo. En realidad era éste el primer exceso económico que se anotaba en su morigerada historia. — Anda, vete por el vino; luego hablaremos en casa. Le agradó volver a sentirse solo. No tenía la cabeza muy firme y, de vez en cuando, vacilaba, deslumbrado por los destellos del asfalto. Ante su casa, oteó un momento los balcones de Aurora y deseó su proximidad corporal. Creía necesitarla muy cerca. Ella, seguramente, sería la única persona capaz de consolarle en este trance. Sin embargo, se hundió en el portal de su casa y, después de rebuscar inútilmente la llave por todos sus bolsillos, llamó a la puerta con dos secos aldabonazos. Al verse encajonado entre paredes, la cabeza comenzó a darle vueltas y se acentuó la desazón de su estómago. — Orenicia, pequeña, voy a acostarme; no me encuentro muy bien. Su hermana le olfateó como un sabueso: — Tú has bebido vino, Sebastián. Y eso no debes hacerlo; te puede costar caro. — Déjame ahora; no me sermonees. Los dos llegaron a la alcoba y Sebastián se descalzó pisándose el contrafuerte de los zapatos. Se tumbó en la cama sin desnudarse. — Tráeme el orinal; siento ganas de vomitar, unas ganas atroces. Se presentó Orenicia con la bacinilla. Le miraba con ojos asustados. — ¿Cómo ha sido eso, Sebastián? — No me trates como a un niño. Soy un dependiente de los Almacenes Suárez, ¿entiendes? La Orenicia se mostraba imperturbable. — ¡Ah! ¿Te han ascendido? — Así parece... Ahora, ¿quieres hacerme un favor? ¡Anda! Véndame las manos. Tengo que dejar de mordirme las uñas para siempre. Las manos de un comerciante son un negocio, no lo olvides... De reojo observó Sebastián la efigie de San Ignacio de Loyola. No; el señor Suárez no se había ofendido por el plagio. Orenicia salió del cuarto y regresó enseguida con unas vendas. Pacientemente las arrolló a las deformadas extremidades de su hermano. — Así estás bien, me parece a mí. — Gracias. ¿Quieres apagar la luz? Se encontraba muy a gusto así, quieto en la oscuridad, con la persuasión de sentirse a solas. Algo le giraba velozmente en la cabeza, ocasionándole un plomizo torpor. Sin embargo, a los cinco minutos roncaba. Al despertarse, recordó vagamente haber mordido con fiereza varias veces las vendas que ocultaban sus manos. Los trapos, efectivamente, estaban húmedos y él tenía varios hilos blancos adheridos a las comisuras de los labios. (*university of cincinnati dance team hip hop 2019*).

**Audiolibro A N Es De D A**  
**Miguel Delibes Cap Tulos 1 2 3**  
**4 5**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**